

JORGE PRADAS

**CONGREGADOS
PARA DARLE GLORIA**

INDICE

Pasar al frente o levantar la mano	6
Hijos y Discípulos	9
La difícil tarea de ser padres	12
Buscando motivaciones	15
En el tiempo de Ezequías	17
El culto al Señor	19
Una iglesia numerosa	22
El es digno de loor	24
Reunidos en Jerusalén	26
Congregación y Armonía	29
Relacionados con Dios	32
Venid a su Santuario	35
Discípulos del Señor	37
Siervos de Dios	41
Amigos del Señor Jesús	45
Amados de Cristo	48
Para terminar	51

PROLOGO

Creemos que uno de los mensajes más oídos en las congregaciones hoy, es el relacionado con la gran comisión del Señor, de Marcos 16:15 al 18 y reiterado al finalizar los dos evangelios sinópticos restantes: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura...”

Se ha llegado a enfatizar tanto esta verdad, que para algunas congregaciones es la única verdad que se predica a los creyentes, a expensas de toda una gama de preciosas verdades que son necesarias para la edificación y crecimiento de la grey.

No nos caben dudas de que las palabras del Señor Jesús citadas en el primer párrafo son de rigurosa actualidad.

Es que la Iglesia está saliendo de su largo letargo y de una manera o de otra, está sintiendo en su corazón el clamor de medianoche: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!”.

Como impulsados por esa urgencia de la pronta venida del Señor, y despertados por sucesivos derramamientos del Espíritu Santo aquí y allá y en toda la redondez de la tierra, la Iglesia quiere alcanzar a otros en un celo evangelístico de proporciones mundiales sin precedentes.

El autor trata el tema recurriendo a un fundamento mucho más trascendental que el evangelismo motivado solamente por la pasión por las almas. El mensaje está centrado en la necesidad de que la gente se convierta para dar a Dios un culto de mayor gloria.

Como en los días de Ezequías, de acuerdo al relato de 2 Crónicas 30, la celebración de la fiesta debía exceder los límites del reino de Judá; por lo tanto, tomando las medidas para el caso, se enviaron cartas por mano de mensajeros quienes las distribuyeron por todo Efraín y Manasés y hasta Zabulón. La invitación fue recibida con burlas por muchos, pero no por los piadosos que humillando su corazón, acudieron a Jerusalén.

Primero el mensaje está dirigido a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Después a toda criatura, porque todos son llamados en esta hora para congregarse en uno y dar gloria al nombre del Señor.

La gloria de Dios tiene que llegar a ser el incentivo poderoso que habrá de movernos a ganar almas para el reino de Dios. En primer lugar, estará la necesidad de que Dios reciba un culto de mayor gloria, y en segunda instancia, el amor por las almas, que dado en este orden, encontrará una motivación espiritual realmente profunda.

De esta manera las almas no se salvarán solamente para escapar del infierno, sino que se convertirán al Señor para congregarse con sus hermanos y lanzarse así a la hermosa experiencia de procurar aquello para lo cual han sido alcanzadas por Cristo Jesús.

El pastor Jorge Pradas se ha decidido a la publicación de esta obra luego de largos años de silencio en este campo, años que, por otra parte, han sido sumamente fructíferos en su labor pastoral dentro del país, y en congregaciones que fueron fundadas en distintos lugares de Europa.

Habiendo estado tan ligado al quehacer pastoral, los pensamientos aquí vertidos cobran mayor importancia, por tratarse de conceptos bien experimentados en las congregaciones que han sido bendecidas por su ministerio.

Daniel García

INTRODUCCION

Una mezcla no muy definida de osadía y temor se había apoderado de nosotros, cuando nos constituímos como Iglesia, después de haber recibido el bautismo del Espíritu Santo. Osadía por el poder de Dios que se manifestaba a cada momento; y temor por el desconocimiento de esa experiencia real en nuestro espíritu, y tan controvertida en nuestra mente.

La presencia de Dios era tan evidente que pensábamos que eso no se terminaría nunca; y nos sentíamos capaces de todo, de evangelizar ciudad tras ciudad y pueblo tras pueblo sin que nadie nos detuviera. La osadía siguió, pero el miedo desapareció cuando entendimos con clara conciencia que no éramos un grupo de hermanos (doce a la sazón), sino la Iglesia del Señor y que estábamos cubiertos bajo su techo en tanto esperábamos aquel día que se acerca.

Yo nunca me había preocupado mucho con respecto a la autoridad y cobertura que la Iglesia ejerce sobre el creyente. Pero a partir de aquel momento comencé a valorarla.

Lo que tiene importancia, sin embargo, para esta introducción, no es la faceta del temor, sino la de la osadía, ese empuje arrollador que sentíamos mezcla de orgullo y de confianza en Dios.

Trece años, domingo tras domingo fui fiel a la predicación del evangelio en el pasado inmediato, antes de la experiencia con el bautismo en el Espíritu Santo, en una concurrida plaza de la ciudad donde todavía vivo. La lógica, pues, era que ahora que teníamos mayor luz, mayor actividad evangelística debíamos tener.

Y así lo hicimos. Varios días a la semana nos juntábamos los pocos miembros de la nueva Iglesia en la misma plaza y predicábamos a voz en cuello, si bien es cierto con mayor confianza, y con mayores y visibles alabanzas al Señor. No faltaban los instrumentos musicales, los dibujos relámpago, algunas sanidades y otras que lo parecían. Y junto a todo ello la respuesta diaria de pecadores que manifestaban entregarse al Señor. En menos de tres meses alrededor de doscientas personas fueron añadidas a nuestra congregación, y la mayoría de ellas fueron bautizadas posteriormente. Como es de suponer la euforia era grande, y nuestra gratitud al Señor inmensa, tanto por su gracia como por el incumplimiento de los vaticinios que se nos habían hecho contando con nuestro fracaso y extinción.

Un siervo del Señor se acercó, por aquel tiempo, y nos frenó tanta euforia. Y luego el Señor mismo nos hizo despertar a la realidad. Poco tiempo después se lo agradeceríamos mucho.

Aquellas casi doscientas almas, poco a poco se fueron yendo. Unas al lugar de donde habían venido: del mundo, otras no sabemos; pero en pocos meses ni uno solo de los “convertidos” estaba presente en la Iglesia.

No recuerdo cómo me encontré con un texto en Ezequiel 44. Así le llamo, de un modo familiar y reverente, al pasaje bíblico que la gracia de Dios nos trajo en un momento de franca desorientación.

Habíamos llenado la casa de extranjeros. Para llenarla de hijos era necesario ministrar al Señor. Y así lo hicimos, drásticamente. Cerramos nuestra boca callejera, y abrimos labios y espíritu dentro del recinto de la Iglesia para alabar al Señor. De acuerdo con Ezequiel 44 entendimos la importancia de ministrar al Señor, y así lo hicimos. Las conversiones no fueron tan espectaculares en lo que a cantidad se refiere. Pero el Señor se metía bien hondo en los corazones de aquellos que Él traía a la Iglesia para que sean salvos. Y éstos no se fueron. Han pasado diecisiete años y allí están, aunque no todos, pues algunos han salido a la obra misionera dentro del país y hacia Europa, fundando nuevas iglesias. Los demás no sé, aquellos que fuimos a buscar con gran despliegue de fuerza, coraje y vanidad, quizás algún día vuelvan. Todavía no entendemos bien esto. Lo que sí quedó bien claro fue que aquellas sí, aquellas alabanzas y aquella búsqueda del rostro del Señor también era evangelismo.

Sin embargo ahora Dios nos ha hablado de salir nuevamente a la calle. Y la Iglesia está en plena etapa de evangelización. Empleando recursos materiales y publicitarios que los tiempos aconsejan para que resuene en los más numerosos lugares posibles la palabra del evangelio. Pero ha quedado firme el culto que ofrecemos al Señor como la base fundamental no sólo del evangelismo sino de toda otra actividad. El culto a Dios no es una cosa más, es la cosa que garantiza la presencia de Dios (Sal 95:2). Y sin esa presencia nada se puede hacer (Jn.15:5). Con ella todo. Y así es como se marcha del tiempo a la eternidad.

Pero todo ello está circundado por lo que nunca se debe olvidar, y que es lo que tiene razón de ser en la tierra y en el cielo; y es por lo que el propio Señor se entregó: la Iglesia. Lugar por excelencia de congregación para alabar y adorar eternamente a nuestro Dios.

Una clara visión y cuidado de la Iglesia que nos acoge como miembros locales, nos dará una clara dimensión de la Iglesia universal, la que sirve en grado sumo para la gran congregación de santos que glorifican el nombre del Señor.

PASAR AL FRENTE O LEVANTAR LA MANO

La historia se repite campaña tras campaña y domingo tras domingo. Pero lo cierto es que pocos son los que, realmente se salvan. Al Señor lo siguieron muchos y le quedaron bien pocos.

No tenemos ningún derecho a no creer en las estadísticas; pero cuando éstas son hechas con más optimismo que realidad, sí que tenemos derecho a no dejarnos llevar por ellas.

La salvación es muy grande (Heb. 2:3), y el Señor quiere la salvación de todos (Is. 45:22). Pero no porque quiere la salvación de todos, ésta se reduce a una mera repetición de la oración del predicador, a un levantar la mano o a un pasar al frente. Todos sabemos que es más que esto; pero hay quien se conforma y aun satisface de que esto sea hecho así.

Se aduce que éste es el primer paso, y que después con la enseñanza, los consejos de que oren cada día y que lean la Biblia van a traer aparejado el fruto de la salvación.

Pero algo tiene que ocurrir el día que se nace de nuevo.

Así como cuando nacemos de nuestra madre arrancamos en un llanto, el día que nacemos del espíritu algo se tiene que romper en nuestro interior para que los que nos asisten sepan que el que ha nacido tiene vida.

No pretendemos que todas las conversiones sean como la de Saulo de Tarso. Aunque, ojalá lo fueran. Pero sí que deseamos ver, no un espectáculo, sino el fruto del arrepentimiento. Y sobre todo la fidelidad y la perseverancia en el tiempo de más vidas consagradas al Señor.

No nos entusiasma el evangelio numérico; pero nos embarga ver las vidas imperturbables a prueba de pruebas, que en el pasar de los años hablan, diciendo pocas palabras, de una fidelidad hasta la muerte (Ap. 2:10).

Pienso que el defecto en que se ha caído es lo que llamaremos la “competencia evangelística”, tanto a nivel de predicador como a nivel de Iglesia. Hay algunos hombres de Dios con unción y gracia para mover masas. Pero junto a ellos nacen los imitadores. No quiero decir con eso que los auténticos superen el problema de las aparentes conversiones o conversiones “a medias”. Ni tampoco quiero decir que no se salve de esa apariencia y mediocridad un relativo porcentaje. Sin embargo si no se termina con este enfoque seguiremos engañándonos a nosotros mismos (Gál. 6:3).

Peor es, claro está, el caso de la imitación que ya falla por la base. Si a los malos resultados le añadimos el mal comienzo, no obtendremos absolutamente nada.

Todo lo dicho y todo lo que se dirá en el presente volumen va acompañado, crea el lector, de un claro deseo de obtener resultados permanentes para contribuir con un granito de arena a esa rueda evangelística enorme que muchos mueven con gran acierto.

Las iglesias deben moverse por palabra de Dios y no por métodos, por buenos que sean, ni imitaciones. Nada necesariamente ha de funcionar por imitación, pero si hay un sincero deseo de buscar a Dios, forzosamente se obtendrán buenos resultados en cualquier disciplina de la vida cristiana.

Todo es distinto cuando se busca realmente la gloria de Dios. Se terminan las competencias y con ello las amarguras.

El señor no ve con buenos ojos esas raíces profundas de amargura que existen en el corazón de hombres ungidos, probados con eficacia en el ministerio de salvar almas, pero que arrastran una competencia que siendo una tontería los aflige en gran manera. Por supuesto que, como en todo, existen las excepciones, que por otra parte confirman una regla por demás oscura.

No escapan a esa medida otros ministerios distintos del que nos ocupa. Mencionamos éste por ser el tema que estamos tratando. Pero entendemos bien que, aunque es el determinado ministerio que cae en esa triste regla, el mal proviene del corazón del hombre.

Digamos pues, al pasar: la conclusión a la que se llega es que buscar el rostro de Dios es aplicable a todos los ministerios, a todas las iglesias, a todos los creyentes, pues regula la visión que jamás deben perder los que sirven al Señor.

De alguna manera hay que pensar seriamente en obtener resultados que permanezcan, y hacer callar con hechos y no con teorías a los detractores de siempre, que al final de una campaña se quejan por la falta de una concreta realización.

Es molesto el espíritu detractor, pero debemos despertar a la realidad que significa comprobar que la mayoría de las veces, los detractores, tienen razón.

Hay que ponerse de acuerdo, de una vez por todas, si el defecto está en el enfoque de la campaña, en la imitación del ungido para ese ministerio o en las iglesias que, al final, son quienes tienen que conservar los frutos.

Yo sostendré que el problema está en que los preludios de la preparación de una campaña, sea en un lugar fuera de la Iglesia o en la Iglesia misma, difieren mucho de la campaña una vez empezada.

Recuerdo haber vivido un tiempo hace más de veinte años, cuando decidimos orar los domingos, algunos hermanos, mientras el predicador estaba exponiendo el evangelio en una rutinaria reunión de predicación por la tarde. Cada vez se convertía alguien durante todo el tiempo que estuvimos realizando esta práctica. Pero pronto nos cansamos, a pesar de las conversiones. Y es que no había, realmente, una búsqueda de Dios en nuestras vidas.

Sin embargo Dios nos mostró que responde cuando nuestra fuerza la hacemos depender de la fuerza de El.

Todo comienza con muchos deseos de hacer intervenir al Espíritu Santo desde el primer día, y lo real es que sólo dependemos de El el primer día, confiando todo el éxito a la bondad de los métodos que tenemos escritos en el papel, por culpa de la pereza espiritual que es la gran enemiga de buscar a Dios.

Así que, no es el enfoque de la campaña, ni los imitadores, ni la conservación de frutos. El problema es que cada uno de estos elementos no está cubierto por la presencia de Dios que aparece soberano al grito de los corazones de los hijos suyos que, con clamor, hacen venir a la tierra la manifestación de su reino. También recuerdo que hace muchos años, y precisamente en los días en que fui bautizado en el Espíritu Santo, yo estaba predicando bajo una carpa en una campaña especial en un barrio de cierta ciudad argentina. La campaña había sido organizada más o menos igual que todas. Mucha participación del Espíritu Santo en la teoría, pero no en la realidad. Sin embargo aquella vez el Señor hizo participar al Espíritu Santo en un lugar donde se creía que sus manifestaciones eran cosa de los primeros tiempos de la Iglesia de Cristo.

Yo tuve miedo de manifestar lo que me había sucedido en un reducido círculo de hermanos en la fe; pero además, nadie me lo preguntó. No obstante los resultados de mi bautismo se hicieron ver inmediatamente. Yo no sabía de dónde era aquel fuego en mi predicación. Nunca me había ocurrido ver a la gente tan tocada, pues no soy tan buen predicador. Pero ocurrieron cosas: gente quebrantada entregándose al Señor en un ambiente que las más de las veces, y casi necesariamente, tenía que seguir un ritual entre la tibieza y la frialdad, para combatir el “emocionalismo”.

Semanas más tarde se levantaba una nueva Iglesia en aquel barrio. Y sé positivamente que no fue mi predicación, ni la del hermano que tomó los días restantes, ni la preparación de la campaña, ni la posterior conservación de frutos, sino la aparición, aunque disimulada, del Espíritu Santo. Pensemos un poco en lo que hubiera ocurrido si le hubiéramos permitido al Señor obrar en plenitud. Por supuesto que nadie tiene la culpa de esto, sino mi prudencia o mi temor.

No es, pues, la pericia del predicador, (otro error en el que se cae tantas veces); no hay predicadores garantizados. Sí que los hay buenos, con gracia y con unción; pero necesitan un pueblo que los acompañe, un marco espiritual adecuado, ya que las conversiones son para integrarse a la Iglesia y no para disfrutarlas de una manera individual y egoísta.

Cuando Dios nos encerró en la Iglesia, después de esa lección que he compartido en la introducción de este libro, hemos sido testigos de algo inusual: las almas quebrantadas, bañadas por el llanto, abrazadas en el espíritu, al Señor, sin que el evangelio hubiera sido predicado todavía en el culto, rogaban que se les dijera qué hacer para ser salvos. La predicación se reducía al tremendo mensaje de cortas palabras: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa” (Hech. 16:31).

Y esto que explico en pasado se viene sucediendo hasta el momento presente.

No han pasado muchos días desde el último bautismo en España, donde cinco familias se identificaron con el Señor en las aguas. Y todos convertidos por este “método”.

También hace pocos días en una zona indígena de Argentina, el pastor aborigen fue llamado urgente por un blanco, rogándole fuera a la casa porque su familia se quería entregar al Señor y tenía que salir de viaje. Solamente habían estado en un culto donde todo el tiempo se estuvo alabando y adorando al Señor. El mensaje en la casa fue el mismo, corto y concreto: “Cree en el Señor Jesucristo”. El resultado igual: la conversión de toda la familia.

Otra vez en España, buscando el rostro del Señor vino una palabra profética que decía: “Dentro de muy pocos días añadiré pueblo a mi pueblo”. A las pocas semanas, dos o tres a lo sumo, apareció un centenar

de personas a la puerta de la Iglesia antes de abrir para el culto. Cien personas que nadie de la Iglesia había invitado ni hablado jamás, con sed de Dios y ganas de convertirse. Unas cuarenta de ellas se entregaron al Señor aquel día, y hoy, después de cinco años, permanecen en la congregación.

La participación del Espíritu Santo tiene que encontrar nuestro beneplácito, tanto en el comienzo como en el término de la campaña. Y así tiene que suceder domingo tras domingo, vez tras vez en el recinto de la Iglesia y en la vida particular y congregacional. Y no sólo haremos posible los resultados concretos, sino que evitaremos desánimos, cerraremos bocas detractoras, y saldremos, en las campañas unidas, de esa práctica poco ortodoxa de la discusión en el reparto de los prematuros fieles.

Quiero reiterarme. No es una panacea, no es cuestión de imitar, pero sí que es el caso de derramarse en alabanzas al Señor para que el evangelismo sea mayor y mejor que en los primeros tiempos.

HIJOS Y DISCÍPULOS

Es conmovedor el relato del nacimiento de Juan Bautista en el evangelio de Lucas. Pero sobre todo la preparación de ese nacimiento.

Los convertidos no sólo son hijos de Dios, sino hijos de aquél que los da a luz o bien del que los cría, que puede ser un predicador o un pastor que luego queda con ellos.

Para entender mejor diremos, en primer lugar, que el predicador debe ser pastor, y el pastor tener un corazón de padre.

No opinamos muy bien de las madres que abandonan a los hijos en el umbral de la puerta de una familia rica. A veces los predicadores nos parecemos un poco a ellas, abandonando a los que se han convertido, los que han venido a la vida a través de nosotros, en la puerta, quizás, de una familia pobre, inexperta y sin interés.

No creo que cada predicador tenga que llevar colgados por donde quiera va a todos los que se convierten a su paso, pero sí que debe tener un corazón de padre y ante la imposibilidad de llevarlos consigo, como un buen samaritano, encargar rigurosa y sacrificadamente que cuiden a los hijos, (Luc. 10:25-37).

Por tanto sería buena la práctica de que no se comenzase a salir a predicar de una manera itinerante si no se ha probado previamente que el predicador ha sido un buen pastor, y por consiguiente un buen padre. No es una mano que se levanta, ni un hombre o una mujer que quedan; son los hijos que Dios me dio (Is.8:18).

Y si me veo en la imposibilidad de llevarlos conmigo, mi corazón de padre los cobijará a cada uno y a toda la multitud.

No vale, para soslayar esta responsabilidad, aducir que a nadie llaméis padre en la tierra (Mat. 23:9), porque se trata de unas vidas que ya no pertenecen a la tierra, sino al reino de Dios. Y en este reino se necesitan pastores que sean realmente padres.

Pero mal padre va a ser aquel que no lo desea ardientemente como lo habrán deseado Zacarías y Elisabet.

En éste, más que en cualquier otro caso, no debemos buscar nuestro propio bien, sino el del otro (1 Cor. 10:24).

Pero en el nacimiento de Juan el Bautista no sólo encontramos a unos padres preparados, sino también que el hijo que nace es fuera de lo común.

Y aquí otra vez tendríamos que citar el mal que producen algunas estadísticas, ya que miramos más el espejo numérico que el espejo de la calidad. No soy, sin embargo, de los que abogan por los pocos y buenos. Prefiero a muchos, pero buenos también.

De la sanidad de los padres depende mucho la salud de los hijos. Y esto también funciona la mayor parte de las veces en la esfera espiritual.

No buscaremos, como en Lucas 1:5, los antecedentes del predicador, padre espiritual y vehículo por el que Dios traerá a la vida al pecador, ya que si lo hiciéramos así reduciríamos mucho las posibilidades paternas; pero sí que daremos gracias al Señor por los que puedan presentar una santa genealogía, y avisaremos a los demás que se afirmen en la verdad de que en Cristo todo es hecho nuevo (2da Cor. 5:17).

Zacarías y Elisabet eran justos, estaban delante de Dios, y su caminar era irreprochable, tanto en los mandamientos más grandes como en las ordenanzas más discretas, pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril y ambos eran de edad avanzada, (Luc. 1:6-7).

El problema radica en no tener hijo. Como sacerdote, Zacarías, debía tener sus discípulos a quienes enseñar; pero lo que importaba era tener un hijo. Esto era de suma importancia para el pueblo de Israel, tanto que, cuando Elisabet lo tuvo dio gracias a Dios porque El le había quitado la afrenta que llevaba encima (Luc. 1:25), prueba de que el no tenerlo es afrentoso. Es cierto que esto recaía en la mujer; pero si el marido la amaba debía sentir una gran congoja. Tanto más en la luz de Cristo, cuando marido y mujer son una misma cosa. Cuando uno se relaciona con jóvenes, puede comprobar que los más problemáticos son aquellos que no han tenido buenos padres.

No decimos nada nuevo con esto pero significamos que al decir buenos padres nos referimos solamente a aquellos que saben corregir, no a los que los maltratan o que los consienten. Y ahí es donde aparecen los conflictos y las dificultades para que los hijos puedan tener una vida óptima en Dios. El problema de lenta y difícil solución está en que los padres tuvieron a sus hijos como de su propiedad, sin haberlos ofrecido al Señor de todo corazón.

El ejemplo de Ana (1° Sam. 1:24-28) que vemos reeditado en Elisabet y en María, es el que ha de servirnos de ilustrativo ejemplo para dar a luz, por la voluntad de Dios, a los nuevos creyentes-hijos, que así serán, por fin, bien nacidos.

Bienaventurado aquel que llenó su aljaba de hijos (Sal. 127:5); pero esta bienaventuranza va unida a que éstos son herencia de Jehová (Sal. 127:3), es decir, son de El, pues vive para siempre.

No solamente el predicador hará bien en no desentenderse en el espíritu y en las posibilidades físicas a que hubiere lugar de los que Dios va añadiendo a la Iglesia por su intermedio, sino que cuando los acepte como hijos en su corazón deberá saber que, siendo suyos, no lo son.

El hijo bien criado es aquel que ha sido bien ofrecido.

Y el que ha sido bien ofrecido es porque ha sido bien amado por sus padres.

Es una experiencia gloriosa el dolor de ofrecer lo que se ama.

Samuel, Juan el Bautista y el mismo Señor son ejemplos elocuentes como frutos de entrañas que amaron de verdad.

El cordero que se ofrecía en cada Pascua no debía ser comprado a último momento en la puerta del Templo, sino que debía ser criado con mucho cuidado y cariño para luego tener que entregarlo al degüello a los pies del altar.

No llamaremos a nadie padre en la tierra; pero clamaremos a Dios por la conversión de todo predicador a esa paternidad que se consigue dependiendo de El, y buscando a cada momento la gloria de su nombre.

No son números, ni mercadería que se compra y se vende con un buen empuje publicitario. Son hijos que nacen en el reino de Dios, muy amados, a quienes renunciamos sin sacarlos de nuestro corazón. Y que más tarde se transformarán en discípulos.

El niño, cuando nace, ya es un discípulo en potencia, que a medida que pasan los días ve multiplicada su capacidad de aprender. Pero el padre no ejerce en él, hasta más tarde, su condición de maestro. Más que enseñarle, lo que hace en el primer tiempo es cuidar de él.

Y aquí es donde tenemos que poner un poco de orden en ese ministerio doble de pastor y maestro.

Antes de seguir adelante, sin embargo, digamos que cuando nos dirigimos al ministerio de pastor incluimos la dualidad de predicador y padre.

Es muy significativo notar en la lista de Efesios el orden de los ministerios (Ef. 4:11), y ver que en el ministerio final, dividido en dos, la prioridad está en la nominación de pastor. Entiendo que Pablo no está hablando de prioridad cualitativa, sino cronológica, por la razón que anteriormente ha quedado dicha, en cuanto al cuidado del niño; antes que ejercer sobre él la enseñanza.

Pastor primero, maestro después. Y esto, que al comienzo es un orden de tiempo, cuando llega el momento de ejercer sobre el hijo el ministerio de maestro, es necesario no olvidarse de la condición de padre que nunca dejará de ser, aun cuando la mayoría de las veces el predicador itinerante no ejercerá sobre el convertido la función de pastor ni la de maestro. Pero en el espíritu debe sentirlo como si lo hiciera, manteniendo correspondencia, imbuído de la visión de la Iglesia local en el reino de Dios, y de las palabras que hayan llegado como promesas a la congregación y a la vida del recién convertido, si es que las hubo.

Quizás esto será más comprensible y viable cuando se empiece a creer y experimentar lo que se relata en el capítulo primero de este libro, acerca del evangelismo que en la alabanza y la adoración espera la multiplicación maravillosa de las almas. Lo que precede está dicho con espíritu contemporizador, tratando de ayudar un poco, en la esfera de lo invisible, a ese movimiento de masas que siempre aprende y nunca llega al conocimiento de la verdad. Pretender ayudar a ese despliegue de fuerzas que a veces descorazona cuando se ven los resultados, es lo que se pretende con lo que queda dicho. Y si es la voluntad de Dios, y creo que lo es, que esos movimientos masivos continúen, no es cuestión de ofrecerle resistencia sino brindarle ayuda.

Todo el año no es campaña. Pero cada día debieran convertirse. Vale decir que aún siguiendo las cosas así, la Iglesia queda a cargo de un pastor que es el predicador de todo el año, el portavoz de la verdad que ha de ser instrumento para redargüir de pecado a la gente, cada semana como mínimo. Si el predicador itinerante encuentra dificultades en ejercer su paternidad o su discipulado, el pastor no las tiene en lo geográfico. Estas sólo serán de índole espiritual. Y aquí sí que tendrá que buscar el rostro del Señor para

tener éxito en su tarea. Entonces el Espíritu Santo seguramente le guiará a dejar sus funciones de maestro para cuando el hijo comience a entender.

No podemos llenar de enseñanza a los recién convertidos, ni editar cursillos para que crezcan, o aún para que se conviertan las almas perdidas. Los hijos no crecen por la enseñanza sistemática, sino por el cuidado y la alimentación, que no es la letra fría de un estudio bíblico estereotipado. Es el calor del hogar, la caricia de la madre, la protección del padre, la presencia de Dios. No nos apresuremos en llenar de letra a los recién nacidos, si no queremos que se transformen en hombres y mujeres mentalizados, llenos de religiosidad malsana. La hora de la enseñanza ya llegará a su debido tiempo. No nos adelantemos a ella.

Pero no sólo es peligroso tratar de prematurizar la enseñanza; sino que es peor todavía lanzar a los recién convertidos a discipular a otros. En ellos no cabe ni la figura del creyente-hijo, ni la de creyente-discípulo, pues no pueden hacer nada en ningún campo. Es un recién nacido, y si no está deseando la leche espiritual no adulterada (1a Ped. 2:2) debemos preocuparnos por su salud o bien por la salud de quien lo ha traído al redil y le ha enseñado. Que ocurran casos excepcionales siempre confirmarán una regla clara y lógica en el Espíritu Santo.

Deseamos una Iglesia llena de convertidos, hijos recién nacidos que han gustado la benignidad del Señor, y que van creciendo para salvación (1a. Ped. 2:2). Y que llegan a la adultez, y son aptos para enseñar; pero no de una manera profesional como quien enseña a extraños, sino a hijos en la edad conveniente, sanos que, además, luego son discípulos.

No le conviene a la Iglesia del Señor tener padres prematuros ni maestros prematuros. Damos tanta importancia a una cosa como a la otra, y para esto nos es necesaria la paciencia (Heb. 10:36). Bien podría ser la causa de tanta mediocridad ese afán de números, esa fiebre de estadísticas que no es el imperioso celo de la pronta venida del Señor.

Precisamente su venida es la que nos tiene que mantener tranquilos y confiados. La señal de la madurez es un tanto paradójica, pues quedando menos tiempo que en la adolescencia, las prisas no son tantas. En cambio el que tiene todavía una larga vida por delante, parecería que ha de morir mañana.

No nos durmamos. Velemos, pero seamos sobrios (1a Tes. 5:6), más aún cuando aquel día se acerca (Heb. 10:23).

LA DIFÍCIL TAREA DE SER PADRES

La sociedad depende de un buen ejercicio de la paternidad.

La Iglesia de Cristo también depende de ello; aún cuando su estructura no es tan complicada como la del mundo, los ataques a la paternidad son más fuertes en lo que respecta a la Iglesia que en lo que respecta a la sociedad.

Hay un interés en el diablo de hacer andar mal a la sociedad, empeorando cada generación; pero le es relativamente fácil, por cuanto la sociedad ya está diseñada para ir de mal en peor. Por eso los ataques del enemigo no se notan si los comparamos con el interés que tiene de hacer andar mal a la Iglesia del Señor. El enemigo sabe que la Iglesia, en vez de ir de mal en peor, está diseñada para ir de gloria en gloria (2a. Cor. 3:18), y que la gloria postrera será mayor que la primera, (Hab. 2:9). Sin embargo, falto de sabiduría, o porque quiere dilatar el tiempo de descender al lago de fuego y azufre (Ap. 20:10), trata de obstaculizar el proceso de glorificación de la Iglesia. Y una de las maneras, piensa él, y no desacertadamente, conocedor del mundo y de cuanto mundo se ha deslizado dentro de la Iglesia, es desorientando a los padres en la manera de criar a sus hijos, frenando así ese proceso de culminación de la gracia de Dios. No pretendo enseñar a los padres en este capítulo. Más bien llamar la atención a hechos conocidos por todos, que debemos evitar, y otros que, todo lo contrario, debemos imitar para llegar a ese objetivo de ver unos hijos, tanto en lo natural como en el Espíritu Santo, que alegrarán el corazón de Dios viendo que, por fin, cumplida toda perfección (Heb. 6:11), podremos disfrutar de las enormes riquezas de su gracia (Ef. 2:7).

Lo importante es poder alcanzar el equilibrio en todo.

Y en esa función de padres la importancia es muy notoria.

Por un lado vemos a aquellos padres que hacen de la severidad un culto, y consiguen hijos sujetos hasta los dieciséis años; los más afortunados hasta los dieciocho, y después caen presa de cualquier engaño, de la libertad que el astuto príncipe de este mundo, que no tiene nada del Señor, les ofrece (Jn. 14:30).

Por otro lado los padres de avanzada, que con la mentira de no estropear la personalidad en desarrollo del hijo, le consienten todo lo que apetece. Hace pocos días me encontré con unos chicos de seis o siete años de edad que se las entendieron con mi espalda, dándole de golpes cada vez que yo pasaba por su lado, y la severidad momentánea de sus padres no pudo parar aquellos golpes de manos pequeñas, que no hacía doler mi cuerpo, sino tambalear una futura generación. Quizás no haya para tanto, pero a eso voy, a conseguir el equilibrio.

No me parece que un libro de reglas fuera lo idóneo para esto, puesto que las personalidades difieren mucho entre sí. Será una búsqueda de Dios la que conseguirá el balance, sabiendo aplicar los gramos de severidad y consentimiento que junto al equilibrio mental y espiritual del padre culminará en una preparación eficaz de los hijos.

Y esto sucede muy temprano.

He visto a un padre pegar a un bebé, que todavía no caminaba, por llorar en el culto; un culto de cuatro horas de duración. Y como el niño insistiera, el padre le seguía pegando hasta que al final, ¡milagro de la paternidad!, el niño se tuvo que tragar las lágrimas. Esto más que paternidad es salvajismo.

Pero también he visto a padres venir con sus niños en una mano y en la otra una bolsa llena de juguetes grandes, para que el niño se entretenga en el culto.

Y también he visto esos lugares especiales para niños que reciben enseñanza especial y adecuada a su edad por expertos "pedagogos", mientras el culto de los mayores va funcionando.

Pienso que el niño debe estar en el culto junto con sus padres, mientras en el culto se manifieste la presencia de Dios. Por supuesto que si no es así, cualquiera de los métodos valdrá para que el niño cuando sea grande se vaya lejos, donde no sienta hablar de Dios. Por lo que pienso que lo importante es dejarse llevar por la guía del Espíritu Santo, que no emplea muchos de nuestros métodos, pero que sí sabe manifestarse. Procura, padre, que en tu Iglesia la presencia de Dios se manifieste. Procura padre que en tu casa esto suceda también. Y cuando la presencia de Dios se hace notar, no tengas miedo de que tus hijos estén cuatro horas en el culto si es necesario; con una voz, una palmadita y las canciones, las oraciones y los mensajes llenos del Espíritu tus hijos crecerán para la gloria de Dios y para esa gloria mayor que la Iglesia está adquiriendo cada día.

Si esa gloria no va aumentando en la Iglesia, es porque los padres han fallado con nosotros y nosotros con nuestros hijos, ya que de generación en generación se ha de notar si tenemos y damos una buena enseñanza.

También he visto iglesias llenas de nuevos convertidos, y siempre están llenas de nuevos convertidos. Pero éste es otro tema.

Hay dos clases de hijos: A los que ahora nos hemos referido y aquellos que aludimos en el capítulo anterior.

Si difícil es ser padre de nuestros propios hijos, difícil será ser padre de los hijos de los demás.

En un tiempo me pareció que sentirse padre espiritual de alguien era usurpar un lugar indebido. Pero pronto me di cuenta de las lágrimas que lleva consigo ese ministerio, los conflictos que se originan si no se mantiene un buen equilibrio. Y por esto me di cuenta de que era de Dios, y aún más al comprobar cómo, en sus prisiones, también Pablo engendraba (File. 10).

Cuando el Espíritu Santo no ejerce una soberanía total en la Iglesia, y también en el individuo es, como queda dicho, de todo punto negativo para la crianza de los hijos en la buena senda. Y en este tiempo es dado ver cómo los hijos de los pastores parece que son los peores criados.

Digo parece, porque realmente no es así. El pastor sabe muy bien cómo son mirados sus hijos con cristal de aumento, y por lo tanto, se cuida mucho dándoles la mejor enseñanza que sabe para que, si bien no alcancen a dar un testimonio excelente, por lo menos no desentonen demasiado. Y lo digo así un tanto descarnadamente porque todos los pastores saben, con muy pocas excepciones y por propia experiencia, que la vidriera de su hogar es contemplada siempre con ojos críticos y casi nunca benevolentes. Conocí a alguien que se jactaba de tener el ministerio de observar a los hijos de los pastores, ancianos, o líderes para acusarles denunciando sus actos de mal testimonio. Siempre me pareció que este hombre le estaba quitando el puesto a Satanás como acusador de los hermanos (Ap. 12:10).

Pero cuando el Espíritu Santo gobierna absolutamente, ni los hijos dan mal testimonio, ni nadie se ocupa en fisgonear sus vidas, por lo menos dentro de la Iglesia.

Pero si esto último ocurriera porque el Señor a veces así lo permite, la actitud más sana es, ignorando el espionaje, saber que el pastor es padre de sus propios hijos y de los hijos de los demás.

Aquí sí que hay que pedir a Dios sabiduría (San. 1:5) no dudando que nos la va a dar, pues en cada platillo de la balanza hay que poner los hijos. En uno los de los demás y en otro los propios. Los dos deben ser amados por igual, sin embargo los hijos propios deben sentirse más amados. Y sabiendo que se está obrando con honestidad y temor de Dios cerrar los oídos a las críticas cuando éstas denuncien que hacemos diferencias entre unos hijos y otros. No podemos protestar porque es verdad que las hacemos, pero estamos justificados delante del Señor porque esto será hecho con la aprobación suya en beneficio de la doble paternidad ejercida y para lograr el éxito, evitando que los propios hijos vayan en busca de otro cariño. Algún día tendrá que llegar cuando los hermanos de la Iglesia comprendan esto y en vez de observar con ojo crítico a los hijos de los pastores procuren que sus padres puedan darles, además del amor, cosas visibles que otros tienen o tal vez no.

No hay que regatear esfuerzo en decir que, sin embargo, un mismo amor cubrirá a los unos como a los otros; pero los propios deberán sentirse más amados. Como el padre que cuando castiga a su hijo produce dolor para sí mismo, así estas diferencias con los hijos propios deberán ir respaldadas con un amor a toda prueba hacia los hijos que sólo lo son en el espíritu.

Las iglesias que se gobiernan por un presbiterio o consejo de ancianos no sólo no escapan a este problema, sino que lo ven multiplicado por cada uno de los que ejerce un ministerio de autoridad. Por lo que opino que esta doble paternidad que define a un ministerio de pastor debe ejercerla cada uno de los ministerios que Dios ha puesto en la Iglesia. Y así tenemos que para ejercer cualquiera de los ministerios es necesario que se haya pasado por el ministerio pastoral, tanto si se ejerce en una determinada localidad como si se es itinerante. Es como un escalafón. Esto va dicho sin ánimo de metodizar, pero me parece bueno que hasta que no se demuestre el funcionamiento correcto de una condición pastoral no se ha de tomar muy en serio ninguno de los otros ministerios.

En ninguna manera ponemos en tela de juicio lo que Dios ya haya otorgado a la Iglesia, pero es muy evidente que muchas veces se ejercen los ministerios sin que los haya otorgado el Señor. Algunas veces la obra hecha con dedicación, desvelo y equilibrio se ve tambaleada y en un serio peligro de ser destruida por un desaprensivo “profeta” o un inmaduro “apóstol” que con palabras y consejos hieren de muerte a unas delicadas ovejas. Simplemente esto sucede porque no se ejerce la doble paternidad; porque se aman los hijos propios y no los hijos de los demás. El hecho de ser padre en el espíritu hace sentirse padre de los que por el Espíritu Santo se han engendrado, y muy respetuoso por los que ha engendrado otro. He

aquí la importancia de ser pastor primero. Repito: debería ser como un escalafón al que se va subiendo y que recién con una vida pastoral probada y aprobada tomar en serio el ejercicio de otro ministerio.

El apóstol de esta forma exhortará: con valentía y amor.

El profeta profetizará con unción y sabrá guardar silencio antes de lastimar a alguien, pues es de Dios que el espíritu de los profetas se sujete a ellos (1a. Cor. 14:32).

El evangelista predicará sin desentenderse y así, ciertamente, irá sembrando y llorando para volver con regocijo (Sal 126:6).

Al maestro ya nos hemos referido en el capítulo anterior, pues no hay duda de que con el pastor forma un solo bloque.

Cuánto cuestan los hijos, sólo lo sabe quien es padre.

Cuánto cuesta una oveja, sólo lo sabe quien es pastor.

Prestemos mucha atención en ejercer bien el ministerio de padre-pastor, pues como hemos visto no afecta a un ángulo de la Iglesia sino que abarca su totalidad. Y el evangelismo es la entrada correcta desde donde los hijos comienzan a ver la luz para ir creciendo, un templo santo en el Señor (Ef. 2:21).

La búsqueda de Dios y no el método adecuado, el padre espiritual y no el predicador publicitario. Lo puesto en primer término es imprescindible, lo otro puede ayudar.

Mientras estoy revisando el manuscrito de este libro se están operando en varios puntos de Argentina conversiones, a millares y sanidades sin número, bajo la unción del Espíritu Santo que utiliza a hombres desconocidos y jóvenes que únicamente se han puesto en las manos de Dios.

BUSCANDO MOTIVACIONES

Es muy importante para todos los actos de nuestra vida cristiana saber las motivaciones que los han generado, y por lo tanto, el acto trascendental de llevar a las almas a los pies de Cristo también debe responder a motivaciones.

Tenemos permiso en la Biblia de instar a tiempo y fuera de tiempo, (2a. Tim. 4:2) condescendencia a predicar el evangelio por envidia y celos (Fil. 1:15), pero también las Sagradas Escrituras principalmente nos señalan metas altas y sublimes en las cuales ser ejercitados.

Una vida sana en Dios es la que aspira a no tener mezclas de lo bueno con lo malo (Mat. 9:16). Y siempre será provechoso saber y practicar que lo mejor es más alto que lo bueno.

La motivación del evangelismo tiene que tener sus raíces en Dios. Ese ¡ay de mí! de Pablo (1a. Cor. 9:16) proviene de las profundidades de su espíritu, de una necesidad congénita en su nuevo nacimiento que no se mezcla con nada humano y natural, sino que responde definitivamente a Dios y que va más allá de lo que podemos haber pretendido alguna vez invocando el amor a las almas.

Es el plañido espiritual de quien tiene necesidad de glorificar a Dios con lo que hace.

Esta es la parte positiva de la motivación, que Dios sea muy glorificado por la salvación de un sin número de almas que a su vez se dedicarán a glorificar su nombre.

La parte negativa de la misma es encontrar depurados de egoísmo y glorias vanas el espíritu y el alma del evangelista que, como un siervo inútil (Luc. 17:10), se presentará delante del Señor con manos limpias.

Esa búsqueda de Dios que hemos señalado como “método” experimentado para la conversión real de las almas, y la condición de padre para el pastor, maestro o predicador, se encontrarán resguardadas del peligro de sentirse demasiado eficientes y acertados cuando nos despojemos del individualismo que llevamos encima para identificarnos con los demás creyentes en ese ámbito que el Señor ha formado para que estemos: la Iglesia.

Cuando, como individuos, hemos recibido la salvación preciosa y grande que Cristo nos compró en el Calvario, debemos olvidarnos de toda nuestra personalidad vieja y entrar de lleno a ser uno con los demás, así como en Cristo, y entonces estaremos a salvo de lo que acecha continuamente al creyente que es su egoísmo personal, el cual traspone las fronteras de la conversión y a veces hace que la vida cristiana sea un continuo mal testimonio y un serio pesar para quien la vive. Para vencer todo esto tenemos un grupo de gente espiritual con la cual vivir, por la cual interceder, amar y dejarse amar que es lo único bueno que se encuentra en este mundo todavía, y a pesar de todo. Otra vez, vale la pena decirlo: es la Iglesia del Señor.

Es conmovedor saber que Cristo murió por el individuo y hay tantas referencias preciosas en la Escritura a esta entrega por cada uno de nosotros. Pero lo preservativo para la humildad que nos es necesaria, para no sentirnos desmedidamente privilegiados, es saber que en este cada uno y en este todos, están incluidos precisamente todos, por lo cual se hace conmovedor repetir que Jesús amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (Ef. 5:25).

Hace mucho bien a nuestra humildad necesaria, y le hace bien a nuestra valoración de los demás, constituídos en ese grupo vasto que es, otra vez: la Iglesia de Cristo.

Y para no apartarnos del tema digamos que es necesario ver el evangelismo desde la Iglesia y no desde el ángulo del individuo, ni de ningún otro ángulo.

La Biblia en el relato total de su historia tiene dos grandes y principales protagonistas: el Señor y la Iglesia. Él es el héroe, y ella es la heroína. Vale la pena, pues, poner todas las disciplinas, anécdotas y acontecimientos dentro de este círculo que forma el argumento del libro de Dios, y no ver nada sin estar identificado con el papel protagónico que nos toca desempeñar, reiterando el doble propósito de que Dios sea glorificado y de que el creyente sea preservado de la individualidad de la carne.

El Señor mismo en su oración pontifical no dejó librados los resultados de la evangelización a la labor del individuo personalista, sino a la identificación de los unos con los otros, expresada en sus propias palabras: “para que el mundo crea” (Jn. 17:21).

Es hermoso sentirse salvado por la sangre de Cristo, perdonados los pecados y asegurada la vida eterna. Junto con eso es hermoso saber también que esto se ha de vivir con los hermanos aquí y en la eternidad;

en ese lugar donde no habrá más llanto ni dolor, porque será perfecto, una perfección que en base a las buenas y sanas motivaciones ya tomará lugar en el tiempo y en el espacio.

Es pues la búsqueda de Dios del evangelista y la paternidad espiritual del evangelista incorporadas en el propio seno de la Iglesia, la garantía de la validez de la motivación básica para la predicación del evangelio. Y también de los resultados, vistos desde el punto de vista de Dios y no del agente no identificado plenamente con el Señor y la Iglesia. Porque realmente Dios no mira lo que mira el hombre (1a. Juan 16:7).

Sabiendo pues que la principal ocupación es buscar el rostro del Señor continuamente mientras se está incorporado totalmente en el corazón de su pueblo, será relativamente fácil entender el relato magistral de la Biblia cuyos protagonistas son el Señor y su amada.

Y esto lo tenemos en los comienzos de las Escrituras cuando Dios va formando un pueblo para sí mismo, un pueblo que es llamado más de una vez por Dios “rebelde y contradictor”, al que vez tras vez lo perdona porque lo ama, que le provoca a celos tanto cuando es el primitivo pueblo de Israel y cuando es la Iglesia de Cristo; culminando en el libro de Santiago: “¡Oh almas adúlteras! ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?” (San. 4:4).

Este es el drama que se desarrolla en la Biblia, plagado de anécdotas y de situaciones, todas ellas dramáticas, comprendidas en un libro poético de un romance sublime que tendrá su final en aquel bendito principio sin fin que serán la bodas del cordero; el libro: El Cantar de los Cantares.

La Biblia es una historia de amor y, por lo tanto, de celos, pero éstos solamente pueden estar del lado de Dios que por ser perfecto los puede tener sin que necesariamente sean pecado. Lo contrario es por el lado de su pueblo al que, vez tras vez, Dios le está señalando que no tenga celos ni envidias por cuanto debido a su, todavía, estado imperfecto este celo no sería celo de Dios, sino pecado, y además, Dios nunca ha provocado a celos a su pueblo pues no ha amado a otra que a su amada, aún cuando muchas sean las reinas y las concubinas (Can. 6:8-9); pero la amada es una sola.

Todo quehacer en el reino de Dios debe ir marcado por ese reconocimiento del amor de Dios para no provocarle a celos, teniendo cuidado de hacer algo que no sea motivado por su persona y por la necesidad de darle toda la gloria. Por el hecho de que Dios no es hombre, esta gloria que le damos es más que justificada, por lo cual todo lo que hay que realizar para la gloria de su nombre está motivado por el fin de darle, precisamente, esa gloria. Dios tiene que darse cuenta, por decirlo de alguna manera, que lo único que nos interesa es tenerle contento, que le sea agradable nuestra nueva manera de vivir, como lo hacía su Hijo (Jn. 8:29); que pueda confiar en nuestro amor y que sepa que Él es lo único que nos interesa. Cosa un tanto difícil para un reino de Dios que ha estado acostumbrado a hacer las cosas por las cosas en sí, por la importancia de hacerlas, o mirando continuamente el premio subalterno a su labor.

No provocar a celos a Dios; buscando su rostro, sintiéndose padre de los que reciben la palabra dada por un predicador, incorporado al pueblo en completa identificación, ya son bases firmes para ir por todo el mundo a predicar el evangelio a toda criatura (Mar. 16:15).

Y como de estar metido en el pueblo se trata, lo primero que nos ha de ocupar es revisar el culto que, como Iglesia, le ofrecemos al Señor.

EN EL TIEMPO DE EZEQUIAS

Ni la pompa de un ritual rutinario, ni el laicismo de una fría reunión sin un atisbo de clerecía, pasando a desaprobación la “fervorosa” actitud de personas exaltadas por una emoción que está fuera de todo control. El culto que debemos al Señor y que seguramente le ha de ser agradable es el que resulta de un ponerse en sus manos y dejar que fluya el Espíritu Santo, siempre en la conciencia de lo que se está haciendo, dando fruto de labios que confiesen su nombre (Heb. 13:15), adorándole en espíritu y verdad (Jn. 4:23), que es la participación del espíritu, el alma y el cuerpo en una variedad que sólo está en el programa que Dios tiene para que su pueblo inspirado por Él le ofrezca lo más a menudo posible. Todo esto, nacido de un íntimo deseo de dar toda la gloria a Dios, es lo que le satisface por ser digno de suprema alabanza (Sal. 145:3), y es lo que la Iglesia le ha retaceado por siglos, hallándose de vez en cuando uno que otro individuo o pequeña comunidad que ha entendido bien que dar culto a Dios es el quehacer más importante de su pueblo. Este pueblo reunido con el propósito de darle gloria, debe esperar, en cada culto que ofrece al Señor, recibir el testimonio de su Espíritu de que Dios ha aceptado el culto que se le ha ofrecido, cosa que sucede cuando se depende de su inspiración y se ofrece uno mismo a Dios con toda sinceridad.

En esto estaba el rey Ezequías mientras restauraba el culto a Dios, poniendo en sus mecanismos rituales todo el simbolismo que significa un culto ofrecido en la mayor dependencia del Espíritu Santo. De su gestión debemos aprender mucho y restaurar, a nuestra vez, el culto que entendemos alguna vez le ha ofrecido la Iglesia a su amado Señor; lleno de limpieza de vida y de auténtico fervor espiritual y verdadero, pero que ahora es pobre y carnal.

Este rey es uno de los pocos del que se dice que “hizo lo recto ante los ojos de Jehová” (2° Crón. 29:2), y esa rectitud se centró en la restauración del culto al Señor.

Su virtud consistió en reconocer que sus antepasados y ellos incluídos habían hecho mal, llenando la casa de Dios de inmundicia, tal como leemos en el capítulo 24 de 2° Crónicas. Una vez más la heroína del relato había defraudado a su amado yendo tras los baales. Pero ahora el Espíritu Santo había levantado un hombre que conduciría a este pueblo al reconocimiento de su falta y al ofrecimiento de frutos de arrepentimiento. Otra vez, en el transcurso de la historia, el pueblo de Dios volvía a reconocerle como Señor y por lo tanto lo hacía digno del culto que de inmediato iba a ofrecerle.

Es interesante observar en el último versículo del capítulo 29 que todo se hizo rápidamente porque el pueblo tuvo una buena preparación para ofrecerle aquel primer culto, preparación que consistió en reconocer la falta y en santificarse.

A lo que es necesario llegar es a establecer que, cuando no hay culto a Dios, (en espíritu y verdad), es que la Iglesia está amando otras cosas, está detrás de los baales, está en adulterio; y el regreso al culto a Dios es la señal inequívoca de la vuelta a la buena senda. Fue un período relativamente corto el de aquella restauración, después siguieron dos reyes impíos que hicieron lo malo: Manasés y Amón.

Poder terminar con esto, con las idas y venidas, las caídas y los levantamientos. De esto se trata, de una permanencia en la fidelidad, Ezequías tenía esta intención, superada por el anhelo de ofrecerle, no sólo un culto normal a Dios, sino ofrecérselo de mayor gloria aún. Y pronto tendría la oportunidad de hacerlo, ya que la Pascua se acercaba.

Estamos urgidos por el tiempo. La hora de ir hasta lo último de la tierra con el evangelio del reino hace rato que ya ha sonado; pero aún así hay una cosa más urgente a qué dedicarse todavía, y ésta es restaurar el culto a Dios de una manera permanente; pero el culto a Dios, el verdadero culto que reconoce al Señor como digno de todo honor y de toda gloria. Aún estando ocupados en las cosas de Dios y en un servicio indirecto a Él somos capaces de provocar el celo de Dios por no dedicarnos a la mejor parte, que es estar a los pies de Jesús adorándole y escuchándole. Y Él mismo, en los evangelios, nos dice que esto le gusta y le complace tal como lo tenemos en Marta y María, en el ungimiento en Betania y en la casa de Simón el fariseo (Luc. 10:41-42; Jn. 12:1-8; Luc. 7:36-50).

Dios rechaza el culto cuando éste es ofrecido en apariencia y no responde a un corazón limpio, agradecido y amante, tal como lo encontramos en Isaías cap. 1. Por eso el pueblo tuvo que santificarse en esa restauración de Ezequías, puesto que el arrepentimiento trae siempre aparejado el deseo de rendir tributo, por esto tiene que pasar por el lavamiento santificador.

Si la Iglesia ha abandonado el culto que Dios es digno de recibir, debe urgentemente dejar todas las otras actividades, o reducirlas a la categoría de un mantenimiento y dedicarse a la preparación de ese servicio

directo al Señor de los señores y Rey de los reyes. Nada está en una posición correcta si primero la Iglesia no deja todo para dedicarse al oficio de esposa de Cristo, cuya ocupación primordial es servir en limpieza y santidad a la esencia misma de su ser que es espíritu; y esto es lo que es el culto al Señor.

Es el culto racional, en el que interviene el ser entero y en el que se presenta un doble conocimiento de Dios, espiritual y mental. Por un lado, a veces, no deja satisfecho el espíritu, pero la mente sabe que no se podrá ir más allá. Por otro lado, otras veces el espíritu queda satisfecho pero la mente sabe que el Señor merece mucho más. Es la paz lograda en esa lucha mental y espiritual que tantas veces descorazona a los creyentes y los lleva a los hospitales y a las clínicas. Es un dominio en paz de todas las emociones del ser que en ninguna manera quiere decir el ocultamiento de las mismas, sino su racional manifestación (Rom. 12:1). A esto hay que dedicarle tiempo, pues es en vano todo lo demás si el culto a Dios no funciona correctamente.

Levantemos el campamento, no encaremos más programas ni campañas, ni actividades si no tenemos afirmados nuestros pies en esa contemplación y exaltación de Dios.

Tiempo vendrá en que estas cosas podrán ser encaradas y que todo podrá hacerse simultáneamente, pero esto ocurre cuando el culto a Dios ya es una actividad experimental del espíritu, el alma y el cuerpo de la Iglesia.

En el tiempo de la preparación de Ezequías, no leemos que otra cosa fuera hecha, todas las demás esferas de trabajo suponemos que se realizaban, pero así a título secundario, en un plano tan inferior que ni siquiera se nombran.

Es necesario poner énfasis en esto, porque el propósito de este libro no es el estancamiento de la Iglesia, ni el cerrar las puertas al crecimiento numérico, sino todo lo contrario; su propósito es que haya iglesias numerosas, llenas de gente, hombres y mujeres que a su vez están llenos del Espíritu Santo. Y eso no esperando que todo tiene que venir con la pasividad del pueblo en el renglón del evangelismo, sino con la plena participación de cada uno, pero habiendo encontrado la motivación por la cual moverse en esa actividad, que es la gloria de Dios, dada directamente, como sacerdote que se es, y que ministra en primer lugar a Dios.

Sin ese culto restaurado, sin esa limpieza para poder acercarse a su presencia, una Iglesia numerosa no es más que un montón de gente librada del infierno, llena de necesidades espirituales y físicas, que se pasan la vida extendiendo la mano, no muy limpia, en una actitud limosnera que no condice con las riquezas de un heredero de la gloria venidera, ni de un elegido de Dios que va siendo transformado de gloria en gloria. Además, es la totalidad de la Iglesia que está metida con esto, no una élite.

En el culto que la Amada le ofrece al Amado, es el pueblo que reconoce los méritos de Cristo y no puede contener su admiración y gratitud. En el tiempo de Ezequías era un asunto nacional, ahora es un asunto universal que empieza en cada una de las iglesias que forman este vasto mosaico denominacional, pero que todas son la Iglesia del Señor.

En los capítulos anteriores se ha ido considerando la función del individuo hasta llevarlo a este punto de la identificación con la totalidad del pueblo. Aunque no podemos olvidar que el pueblo está compuesto de individualidades es necesario protegerse de los peligros que entraña un culto personal y solitario a Dios, cosa prevista, existente y válida, pero a las que en otro momento nos vamos a referir. Ahora es muy importante identificarse con la Iglesia y que la búsqueda personal de Dios, y la paternidad espiritual estén cubiertas por esa identificación, y que cada cosa que haya que llevar a cabo como individuos sea a plena conciencia de esa función de cuerpo.

EL CULTO AL SEÑOR

Quienes hayan podido participar en la iniciación de un mover de Dios se habrán podido dar cuenta que, mientras este mover dura, el culto al Señor es imprescindible y fluye espontáneo de las vidas de los creyentes que no piensan en otra cosa sino en estar reunidos para alabar y bendecir al que es digno de toda honra y gloria. Generalmente son cultos largos que no lo parecen, y el tema de la conversación entre culto y culto gira alrededor de Dios y sus cosas.

Cuando el mover cesa, cesa el culto, se mantiene generalmente más corto pareciendo largo, y se disminuyen los días para reunirse. En su lugar vienen otras cosas, otras actividades y también otras conversaciones menos espirituales. Lo que falta descubrir es si el mover se acaba porque el culto cesa, o el culto cesa porque el mover se acaba. De cualquier manera esperamos un mover de Dios que no termine. Y si la Iglesia busca al Señor, el culto no cesará ni el mover terminará. Pero esto todavía está en el terreno de lo utópico.

Ezequías sabía que para hacer las cosas bien delante de los ojos de Jehová lo más importante y urgente era establecer el culto al Señor. Y a eso se dedicó, encontrando eco en todo el pueblo. Vale decir que un hombre eminente e inspirado puede llevar al pueblo entero a que dé gloria al Señor. No es necesario esperar a que Dios mueva; ha llegado el tiempo de obrar las obras de Dios entre tanto que el día dura (Jn. 9:4), y Dios quiere que tomemos la iniciativa, por cuanto ya sabemos que ésa es su voluntad, y que sin esperar más, nos lancemos a restaurar el culto a Dios para que podamos comprobar su aprobación en un nuevo mover incesante. Un día llegará, antes de que el Señor venga, en que los templos de todas las Iglesias estarán abiertos las veinticuatro horas del día, repletos de gente alabando y bendiciendo a Dios. Y los hogares a pesar de todo estarán bien atendidos, los trabajos seculares no serán abandonados, pues éste es el miedo de muchos racionalistas cristianos que olvidan que Dios no es deudor de nadie (Hech. 17:25), que no quiere que los hogares se descuiden, que no quiere que los trabajos se abandonen, pero que es capaz de multiplicar el tiempo de aquellos que ven en Él al único digno de recibir gloria y alabanza. El mover de Dios cesa y el culto cesa también. No es esa la voluntad de Dios. Reiniciemos el culto y Dios se moverá otra vez porque Él ha venido para que tengamos vida en abundancia (Jn. 10:10).

El culto, como la vida espiritual, es algo que va creciendo y también va de gloria en gloria. Debido al tiempo en que había cesado el servicio a Dios se pasó la fecha de celebrar la Pascua, tal como nos relata el capítulo 30 de 2° de Crónicas. Ezequías no corrió a improvisar el culto, lo demoró un tiempo porque la Pascua era una reunión especial. Entre tanto el culto normal seguía, había quedado restablecido (2° Crón. 29:35). Ezequías necesitaba un poco de tiempo más para ofrecer al Señor un culto de mayor gloria. Y mientras estaba abocado a esto reparó en que le faltaban dos cosas importantísimas para poder celebrar ese servicio: sacerdotes santificados y mayor cantidad de gente (2° Crón. 30:3) reunidos en Jerusalén, que tipifica a la Iglesia.

La gente está para reunirse en la Iglesia; si de ofrecer un culto de mayor gloria al Señor se trata, no hacemos nada con que la gente se reúna en su casa: la Iglesia es el lugar, y cuanto más grande sea el templo, mejor. Es necesario edificar templos grandes donde multitudes se puedan reunir, no para celebrar la Pascua una vez al año, pues nuestra Pascua es Cristo que vive diariamente con nosotros y entre nosotros, y cada día que viene es digno de recibir el servicio que le debemos de gloria y alabanza.

Y siguiendo la línea que vamos desarrollando nos daremos cuenta de que no hay nada más sublime que cuando toda la Iglesia está reunida para este santo propósito. Es cierto que es imposible reunir toda la Iglesia universal; pero esto en vez de hacernos abandonar nos estimula para hacerlo según nuestras fuerzas. Y nuestras fuerzas están para reunir toda la parte de la Iglesia en la que estamos insertos, geográfica y denominacionalmente, en una sola voz cantando loas al Señor. Si hacemos esfuerzos inauditos a veces para cosas de relativa importancia, si movemos paredes a veces invisibles para campañas y otras misiones, y esto tiene la aprobación de Dios; mayor aprobación de parte de Él va a tener que hagamos lo imposible para darle un culto de mayor gloria. Y cuando se trata de un culto no es referido a un culto y nada más en el sentido numérico, sino un culto que se renueva cada día y como cosa espiritual que es, va creciendo de gloria en gloria. Ojalá se pudiera hacer sin necesidad de edificar templos, pero en la práctica esto es imposible pues pierde continuidad; y lo importante es que el culto que ofrecemos al Señor sea un sacrificio diario de alabanza.

Vamos más allá de lo que hizo Ezequías, él tenía buenas motivaciones, pero nosotros tenemos el motivo mayor: sabemos y experimentamos la obra de Cristo en nosotros. Sin embargo es bueno seguir a Ezequías en su cometido, como un modelo a escala de lo que nos toca a nosotros hacer en esta área del servicio a Dios.

Por el orden que encontramos en el relato bíblico acerca del quehacer de Ezequías vemos que primeramente se dio cuenta de la falta de sacerdotes santificados, después notó que le faltaba pueblo reunido en Jerusalén.

Ya son muchos siglos de Iglesia, ya es hora de que Dios no tenga necesidad de obrar a pesar nuestro, es hora de que obre por causa de nosotros y a través de nosotros.

Hemos estado demasiado tiempo conformados con que el Señor pasará por alto nuestros pecados. Aún vemos esto en la mediocridad de las manifestaciones artísticas que generalmente se ofrecen al Señor con el pretexto de que al hacerse para su gloria no necesitan ser mejores; cuando, contrariamente, Dios dice que se haga bien (Sal. 33:3). El culto que debemos ofrecer al Señor, que redundará después en la salvación de las almas, estará respaldado por un testimonio de vidas santificadas, y eficiencia en todos los aspectos.

Es hora de dejar los arrepentimientos en el pasado (Hebr. 6), y caminar hacia adelante, hacia la perfección, abandonando los rudimentos, y proyectándonos a las cumbres más altas de Dios. El triunfo sobre el pecado no tiene que ser una meta para alcanzar después de la glorificación de nuestro cuerpo, sino algo para disfrutarlo mucho tiempo aquí y comenzando ahora. Juan nos dice que no podemos pecar, que nuestra nueva naturaleza no responde al pecado (1a. Jn. 3:9), y de acuerdo con la orden que Ezequías impartió, el tema de la santificación es algo que tiene que ver con nuestra voluntad de hacerlo. Por supuesto que procede de Dios, pero Dios nos ha dado la fe para poder apropiarnos de todo aquello que nos hace falta para vivir una vida digna, como corresponde a hijos.

Había sacerdotes santificados, pero para ofrecer el culto de mayor gloria que se debía ofrecer faltaban más.

Este llamado a la santificación también es un llamado masivo. Es el clamor por una Iglesia numerosa que al fin ha encontrado su razón para serlo. No es por el hecho de ser una Iglesia numerosa, no es por vanidad que trae a los que a ella pertenecen, no es para que se fijen los ojos de los demás en una especie de envidia por la competencia tan usual entre las propias Iglesias. Es la necesidad imperiosa de rendir un culto a Dios, de mayor gloria.

Muchos sacerdotes santificados, que equivale a decir muchos creyentes verdaderamente consagrados, gente con responsabilidad notoria, y luego una multitud que hasta el momento andaba dispersa, ocupada en sus cosas particulares, pero que tenía que acudir como un solo hombre a Jerusalén para someterse a Jehová y venir a su santuario (2° Crón. 30:8).

Son muchas las almas que hay para salvar, pero son muchos más de los que pensamos los salvados que andan deambulando de acá para allá, picoteando en diversos sitios, disconformes con todo, o simplemente desorientados y desalentados que entraron en una Iglesia que no supo hablarles sino de los rudimentos de la doctrina de Cristo, o poner una carga que ninguno de los dirigentes era capaz de tocar con un dedo (Luc. 11:46).

Es interesante notar que al salir a la calle, con el respaldo del culto a Dios como base de una plena y segura evangelización, quienes responden de inmediato son estos creyentes-parias y también otros que hay que reorientar para que no dejen su congregación, lo cual crea un serio problema salomónico, al esgrimir estos argumentos que uno ha vivido en el pasado, pero que hoy debe resolver de otro modo, para no provocar una división en la Iglesia. El problema subsistirá hasta que todas las Iglesias se den cuenta de que no se puede vivir en Dios sin darle preferentemente un culto que realmente le glorifique, pues es obvio que no se puede callar lo que se ha visto y oído (1a. Jn: 1:3).

Desde luego que responden los inconversos, y muchos responden, pero hay un pueblo de Dios disperso que tiene hambre y sed de su presencia, y que está preparado para acudir a un llamado como el de Ezequías.

Gente comprometida y santificada, y una multitud anhelante de celebrar una Pascua inusual que se repita día a día (2a. Crón. 30). La multitud fue cubierta con un manto de santificación porque se dispusieron a buscar a Dios (ver. 18), la santidad les vino como un manto sobre sus cabezas; pero los sacerdotes tuvieron que procurarla (v. 15). El culto de mayor gloria que Dios busca requiere unos ministerios aprobados en santidad, lo cual se logra, no hurgando tanto en procurar la santidad de los otros, sino buscando con tesón la suya propia. Esto también es algo que casi siempre se ha hecho al revés.

Es hora de hacer las cosas bien, es hora de dar toda la gloria al Señor pero de saber decir con propiedad “sed imitadores de mí, así como yo lo soy de Cristo” (1a. Cor. 11:1). Si nos ejercitamos en darle culto a Dios, decir algo así tampoco traerá vanagloria.

UNA IGLESIA NUMEROSA

Una Iglesia numerosa significa una multitud de almas salvadas.

Una Iglesia numerosa también parece el sueño de todo pastor, aún cuando los hay que inteligentemente prefieren entenderse con la menor cantidad de problemas posibles.

No es el tema que nos ocupa orientar acerca de cómo funciona una Iglesia numerosa, ni de considerar las ventajas y dificultades que presenta; el tema que tratamos es que en una Iglesia numerosa se puede dar más alabanza al Señor. Sólo matemáticamente hablando ya es así; pero la proposición que nos ocupa no es la Iglesia numerosa exaltada en el culto, y fría en la relación fraternal. La propuesta es el desafío de una gran familia de dos o tres mil personas. Seguramente que éstas se dividirán en grupos más reducidos por las casas en uno o dos días por semana donde aprenderán juntos el camino por el cual transitar. Pero éste tampoco es el tema. El tema del cual no debemos irnos es ver cómo esa multitud es capaz de ofrecer un culto colectivo, espiritual, sano y convivir entre ellos. Por eso propiciamos el culto diario, o casi diario, donde la gente tiene oportunidad de conocerse por la cantidad de veces que se ve. Y si esto, por supuesto, no esconde su dificultad, hace que el creyente sencillo y humilde vaya por la calle de su pueblo o ciudad saludando a todos cuantos encuentre, por si éstos fueran creyentes de su congregación. Quizás sea esto un tanto risueño, y lo anotamos así, porque entendemos que no hay que especular con lo que sucederá. El peligro estriba en una Iglesia numerosa sin la presencia de Dios, pero cuando ésta está garantizada por las alabanzas que a Él se prodigan (Sal. 22: 3; 95:2) todo encajará en un precioso dibujo hecho por el mismo Espíritu Santo.

Cuando se está avezado en ofrecer ese tributo de alabanzas al Señor, cada vez se sienten mayores deseos de prodigarse más, y se llega a la conclusión de que uno solo no puede, que dos también es poco, que tres lo mismo, y se va llegando a que una Iglesia numerosa tiene razón de ser por el propósito de ensalzar mucho más al Señor.

Después de esto, cuando se escucha la voz de Dios requiriendo cualquier demanda, nos damos cuenta de que todo debe ser hecho para su gloria (1a. Cor. 10:31).

En esta propuesta no cesa la intercesión para la salvación de las almas, antes se acrecienta, porque ésta no tiene un objetivo humanista como suele tener habitualmente, sino que la intercesión se dirige a Dios, se apoya en Dios, y se obtiene la súplica para la gloria de Dios; y esto tiene más valor a sus ojos que el amor a los demás, siendo éste todavía más fuerte por estar inspirado en la fuente del amor.

Hasta aquí ya debemos estar contentos en el por qué deseamos y auspiciamos una Iglesia numerosa, y por qué nos impele el llamado a predicar el evangelio. Hemos encontrado la gran motivación.

Debemos insistir en no despreciar ninguna de las demás motivaciones sanas, notando además que Dios bendice aún cuando no haya motivaciones sanas. Hay casos de chicas y muchachos que han predicado el evangelio a otros de su sexo opuesto para encontrar pareja, ya que los de la Iglesia o no existían o no les gustaban. Y he visto convertirse al novio o novia aún cuando el principio estaba reñido con el no juntarse en yugo con el infiel (2a. Cor. 6:14). De todo punto de vista era seguro que si no se hubiera convertido, el matrimonio se hubiera realizado igual. Y Dios bendijo. Ya hemos dicho en otra parte que algunos predicaban el evangelio por envidia para añadir aflicción a las prisiones de Pablo (Fil. 1:16). Y Dios bendecía con resultados seguramente, porque Él sí está por encima del bien y del mal.

Pero no siempre Dios va a obrar así. Obra en esta forma porque hay poca luz, pero cuando el creyente en Cristo recibe una luz mayor, ya Dios se complace en obrar por medio de lo honesto, de lo puro, de lo santo, de lo que es de buen nombre, de aquello en lo que debe pensar todo aquel que ama de veras al Señor (Fil. 4:8).

Es pues la gran motivación la gloria que debemos al Señor. Una vez la hemos encontrado no vamos a tomar una actitud pasiva, sino que nos vamos a mover en esa dirección redarguyendo al mundo de pecado, instando a tiempo y fuera de tiempo, forzándolos a entrar (2a. Tim. 4:2); desplegando toda nuestra actividad en dependencia del Señor y usando todos los métodos honestos, es decir, echando la red para pescar los peces grandes como tenemos en Jn. 21:11.

Vale aquí hacer un breve paréntesis para expresar que una evangelización efectiva no es aquella que emplea señuelos, ganchos o anzuelos para atrapar a las almas, o llamar la atención. Todo despliegue del aparato evangelístico tiene que ser a cara descubierta. Es interesante ver cómo el Señor usa el ejemplo de la red y no del anzuelo, ya que éste es un artificio del engaño, no así la red que no está esperando al

incauto pez, sino que abiertamente va tras él o frente a él y lo atrapa. Todos los prolegómenos y accesorios que se usan para llamar la atención en una determinada estratagema evangelística, es bueno que se haga, a las claras, no que se finja y se anuncie un objetivo para después salir con el evangelio súbitamente y atrapar al incauto pecador. Los grupos de cantores, los dibujantes, es decir toda manifestación artística para atraer a la gente no deberá ir disfrazada ni ser un elemento de relleno en un culto evangelístico, sino que deberá traer consigo el mensaje completo del evangelio para que el pecador ya pueda oír en esa actuación la palabra de Dios que lo ha de convertir. No importa que cuando el predicador intervenga la gente ya se haya convertido. De esta manera no sólo se habrá ganado tiempo sino que se puede hacer un gran favor al predicador estimulándolo en su humildad, y quitándole la aureola que muchos de ellos poseen, haciendo posible que la gente mire más al Señor que al hombre. Puede ser que esto esté reñido con las más avanzadas estrategias psicológicas, pero seguramente que será más honesto hacerlo así y esperar en Dios. Entendemos que los verdaderos hombres de Dios se abren paso con su exclusiva dependencia del Señor, sin el despliegue de un aparato publicitario como se ve en tantas ocasiones.

Saludamos desde aquí a los grandes evangelistas que en oración y ayuno se ponen en las manos del Señor para servirle con eficiencia. E instamos a los demás a que tomen este camino que es el de la honestidad, pues en algo tan sublime como es llevar almas a los pies de Cristo es necesario no hacer demasiadas mezclas. Preciso es rodearse de colaboradores de probada capacidad espiritual y eficiencia profesional, y estimularlos a que den el mensaje completo a fin de dar la sensación de que se es un equipo al servicio del Señor, donde el objetivo es la gloria de Dios y el resultado la salvación de las almas.

Esto es sólo una opinión, dicha al pasar, pero que puede contribuir a probar que esto también es evangelismo.

Ahora bien, ninguna estrategia debe prescindir de la gran motivación que es el culto al Señor. Ahí sí que tiene que haber un hombre muy espiritual y con presencia de Dios que sepa dirigirlo. Casi siempre hemos visto la poca gracia que se tiene en la dirección de los cultos y en las participaciones obligadas de ciertos dirigentes que tienen forzosamente que figurar en el programa. Es muy importante dejar todos estos compromisos atrás, y buscar únicamente lo que glorifica a Dios, y la gracia derramada en aquellos que realmente están dotados por el Espíritu Santo para llevar una congregación a alabar realmente al Señor. En el transcurso de la alabanza ya comenzarán a verse los frutos, será la red que ya habrá atrapado los peces y luego el predicador no tendrá más que, con la ayuda de otros, levantarla y presentarla rebosante a aquél por el cual se habrá promovido todo y que recibirá la gloria desde el principio al final. Y esto lo proponemos para campañas multitudinarias, para cultos regulares los domingos, para ocasiones especiales donde toda la Iglesia debe estar presente.

Como se puede notar no hacemos énfasis en el evangelismo personal tan necesario y eficiente en algunos casos, porque estamos abocados a la participación unánime de la Iglesia. El que no enfatizamos sobre lo personal no quiere decir que no estemos convencidos de su necesidad.

Pero aún esto se habrá de hacer teniendo presente la totalidad de la Iglesia. No como trabajo exclusivo del individuo.

Una Iglesia numerosa nos habla de congregación, donde las individualidades se diluyen, pasan desapercibidas, y donde se ven dos cosas solamente, transformadas en una: Cristo y la Iglesia.

Oramos por una Iglesia numerosa, honesta y consagrada. Y creemos que el Señor la va a tener, pues su espíritu ya ha puesto en su pueblo el por qué tenerla: la gloria de Dios.

EL ES DIGNO DE LOOR

La Iglesia numerosa es para la gloria de Dios, secundariamente es un grupo de almas salvadas de la condenación del infierno. Las almas se salvan para la gloria de Dios, secundariamente para evitar la condenación del infierno.

Porque todo ha de girar alrededor de Dios y no alrededor del hombre. Desde antes del racionalismo, en la misma Iglesia se ha entronizado al hombre como centro; pero en estos tiempos presentes esto ha tomado mayores características. Fuera de la Iglesia lo que no es humanismo ya se tilda de fanatismo religioso. Y la Iglesia amedrentada contemporiza, porque siempre quiere justificar a Dios a los ojos de los hombres, olvidando que El no le tiene que dar cuentas a nadie, tal como lo explica claramente Pablo en Romanos 9. Dios es nuestro centro, y su gloria nuestro motivo para llevar a cabo cualquier acto de nuestra vida. Y aún valorando todo lo honesto que pueda estimular una actividad como la de procurar la salvación de las almas, la gloria debida a su nombre es el gran estímulo que hará, sin lugar a dudas, que las almas respondan en una perseverancia inusual y una consagración fuera de lo común cuando por este motivo se entreguen al Señor. Porque deseamos que se entreguen al Señor, no que simplemente lo acepten, no que calculen y analicen si es un buen negocio ser de Cristo, sino que sean envueltos por la presencia de Dios en medio de las alabanzas de su pueblo; que como Mateo, sin cálculo previo, a la sola voz de "Sígueme" (Mat. 9:9) dejen todo para seguirle ahora y por la eternidad.

Si este estímulo ya halla respuesta en nuestro espíritu es que ha llegado la hora de ponerlo en práctica. Quizás sea un poco tarde, pero esto no importa. La pascua que celebró Ezequías también la celebró un poco tarde, no pudo ser en el primer mes, pero fue posible hacerlo en el mes segundo (2a. Crón. 30:2). Era la hora de convocar a la gente, a los sacerdotes santificados por un lado y al pueblo esparcido por el otro lado. Y todos, como un solo hombre, reunidos en Jerusalén para un mismo propósito: magnificar a Dios recordando aquella fecha gloriosa en Egipto. Ahora no tenemos cordero que degollar pues nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue muerto por nuestros pecados, y ya hemos sido rescatados por su preciosa sangre, como la de un cordero sin mancha y sin contaminación (1a. Ped. 1:19). Y si no existieran otras maravillas en el Señor Jesús, ésta bastaría para hacer palidecer todas las otras cosas que forman parte del caminar de la Iglesia hacia su concreción eterna. Una sola de sus promesas justifica que todo lo hagamos para su gloria y honor.

Si ha llegado la hora, y es seguro que ha llegado, ya debemos alistarnos para poner manos a la obra. El culto que debemos ofrecerle es inminente, ya hace tiempo que la Iglesia se lo debe al Señor. Mucho control de las emociones por un lado y mucha carnalidad en el otro extremo. Pero el culto racional, espiritualmente hablando, es inminente celebrarlo. Quizás en algún tiempo se ha celebrado este culto, pero en momentos muy especiales, en situaciones de crisis o de exaltación espiritual y verdadera. Pero abogamos por un culto alto y glorioso, pero continuado; extraordinario, pero aumentando de gloria en gloria cada día. Un culto que tiene que ver con la vida, que está plenamente ligado a ella, que no es una cosa el culto y el proceder diario otra, sino que aún, haciendo las cosas habituales de la vida diaria, el corazón sigue cantando y esperando llegar al próximo día cuando junto a sus hermanos podrá seguir bendiciendo a Dios en alma y cuerpo.

Ezequías puso manos a la obra como dice en 2° Crón. 30, y para ello hizo pasar pregón por todo Israel para que vinieran a Jerusalén a celebrar la Pascua del modo que está escrito (v. 5). Y envió cartas escritas por su propia mano y por mano de los príncipes, para convocarlos a la magna reunión (v. 6).

Esta apertura evangelística, esta convocatoria a celebrar el culto que Dios merece y espera, en un principio solamente va desde Dan hasta Beerseba (v. 6), agrupando a los hijos de Dios, llamándoles por medio de la Escritura. No traspasa demasiado la frontera hacia los inconversos. Lo hemos podido comprobar en algunas oportunidades organizando alguna campaña, y con sorpresa hemos visto la gran respuesta al llamado de dar gloria a Dios por parte de los creyentes que han visto en ese llamado lo que ellos sentían en su corazón como una demanda, y hasta ese momento no lo habían podido concretar. Sin embargo hay una respuesta de parte de los inconversos para rendirle este culto: esto ya lo hemos tratado en otra parte anteriormente, cómo viene la respuesta y son tocados en sus espíritus para luego en un breve mensaje rendirse al Cristo de la cruz. Pero es en este orden que debe producirse. Hay una gran cantidad de creyentes alrededor del mundo que están esperando esta oportunidad de ofrecerse con espíritu, alma y cuerpo en una alabanza gloriosa al Señor. Nos conviene traer ovejas que no son de este

redil (Jn. 10: 16), pero primero es necesario que los ya redimidos formen este coro de alabanzas y ese conjunto de adoradores que Dios está buscando (Jn. 4:23).

Parece ser que hasta que esto no suceda en los creyentes no sucederá en los inconversos a una escala masiva.

Y aquí es donde los pastores y ancianos de las iglesias no deberían poner trabas ni obstáculos. Aquí es donde se deberá perder el miedo a tributarle un culto demasiado encendido a Dios, pues cuando le hemos alabado con todas nuestras fuerzas todavía estamos en deuda con Él, pues merece mucho más. Y esta no sólo es una conclusión que se saca caminando y avanzando en el espíritu, sino que es algo fundamental sostenido por las Sagradas Escrituras.

Hay una Iglesia en cierta ciudad, celosa de la palabra de Dios y cuidadosa de rendirle culto, en la que los creyentes se topan con un texto bíblico muy sugerente después que el culto se termina y han dado todo lo que tenían de su ser entero en alabanzas al Señor. El texto es: “Alma mía espera en Dios porque aún he de alabarle” (Sal. 42:5 y 11; 43:5). Y esto está dicho tres veces seguidas en la Biblia, como para asegurar que cuando se ha tributado a Dios alabanzas con toda la fuerza que se tiene, todavía hay lugar para seguir alabándole, pues Él merece mucho más.

Si no estuviera respaldado por la Biblia, no nos atreveríamos a estimular a los creyentes a dar el culto vivo a Dios, ni llamaríamos al inconverso para que responda a esa búsqueda de adoradores en la que Él está empeñado.

Pero la Escritura lo proclama una y otra vez tanto en el Antiguo cuanto en el Nuevo Testamento. Y vez tras vez nos encontramos con ese llamado en la figura de los holocaustos y las ofrendas, de los cánticos y de las danzas en los salmos, de las palabras de amor en Cantares de los llamados fervientes de los profetas, de las actitudes de postración y adoración de los que se encontraban con el Señor Jesús, de las exhortaciones en las epístolas y de la visión escatológica de Juan en el libro que cierra la Biblia.

Ezequías en el cap. 30 de 2° Crón., hizo el llamado a venir a rendir el culto al Señor tal como estaba escrito (v. 5). Del mismo modo llamamos a su pueblo a servirle diariamente, a tributar alabanzas a nuestro Dios, porque está escrito. Otra sería la vida espiritual del pueblo cristiano si tuviéramos cuidado en esto, y se proveyeran las oportunidades de que la Iglesia se reuniera en cada lugar geográfico para rendirle alabanzas. En la ocasión en que por orden de David se ordenó el culto, se dispuso que al Señor se le cantaran alabanzas todos los días a la mañana y también por la tarde (1° Crón. 23:30), y esa fue una época de prosperidad para el pueblo de Dios. No hay prosperidad, ni riqueza espiritual si circunscribimos nuestro culto a reunirnos una hora o dos por semana. Dios merece mucho más. Y cuando le hayamos tributado ese culto, diremos a nuestra alma: “Alma mía espera en Dios porque aún he de alabarle” (Sal. 42:5). Y saldremos del culto esperando el día siguiente para llegar a su hora más importante cuando me encuentre otra vez con mis hermanos para seguir tributando loor al Señor. De ningún modo éste es algún tipo de fanatismo: todo lo que va dirigido a Dios nunca es exagerado, mal puede ser fanático quien no puede llegar a la exageración. El fanatismo inclina a matar y algunas veces hasta morir, en una explosión insana de un espíritu que no es de Dios. Las alabanzas al Señor son un continuo llamado a la vida para los demás y para uno mismo, es la explosión de un corazón que ha sido llenado de vida eterna, y que desborda, en la imposibilidad de contener la abundancia con que Dios lo ha llenado. Es por supuesto un desborde que tiene un límite en lo que está escrito. Y la Biblia califica esto de ilimitado. Bienaventurado aquel que encuentra en la Escritura Santa esa letra bañada del Espíritu y no sigue, impertérrito y momificado, una fría letra que así no fue escrita. Cuando decimos que toda Escritura es inspirada por Dios (2a. Tim. 3:16), no podemos pensar en algo inspirado sin vibrar de emoción espiritual; más aún ante la magnificencia de lo que la Palabra nos relata. Y ella nos dice, por encima de todo, que el Señor es digno de suprema alabanza (Sal. 145:3). Que hay que exaltarle y amarle no sólo con la mente y el espíritu, sino con todas las fuerzas. (Mar. 12:30).

REUNIDOS EN JERUSALEN

Si tenemos que resumir un tanto lo que tenemos tratado diremos que antes de emprender cualquier actividad, fundamentemos el quehacer de la Iglesia sobre la presencia de Dios, la vivencia de su Espíritu en ella no como algo teórico sino real y vivo. Y el inclinarnos hacia la alabanza y la adoración nos hará estar en la posición correcta. Si somos exhortados a hacerlo todo para la gloria de Dios (1a. Cor. 10:31), quiere decir que todo está supeditado a esa gloria, por lo cual darle gloria es el fundamento donde está asentado el quehacer de la Iglesia.

Hay, pues, que acomodar el culto a esa práctica, pero no como para que quede así permanentemente, sino, como hemos dicho, para ponerlo en las manos de Dios, y nos capacite para darle un culto de mayor gloria cada vez.

Una vez aceptado que lo principal es ofrecer ese culto a Dios, laborar para ese otro de mayor magnificencia. Y para lograrlo saber que se necesita la santificación y el numeroso pueblo reunido en la Iglesia. Así habremos encontrado el motivo para una evangelización que no se centra en el hombre y su necesidad, sino en algo superior que es Dios y su gloria. Así lo entiende Isaías cuando transcribe lo dicho por el mismo Señor: “Trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los confines de la tierra, todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice” (Is. 43:6,7). Y esa creación a la que alude no es la creación de Génesis, sino la formación de un pueblo que empieza en la cruz de Cristo abarcando las generaciones pasadas, presentes y futuras. También expresa el mismo sentir Pablo en Tito 2:14. “Purificar para sí un pueblo propio”.

Además de ser éste el motivo por el cual buscar las almas para indicarles el camino de la cruz salvadora, el mismo mensaje que ha de ganar a esas almas para Cristo será una invitación a adorarle sin descartar las bendiciones que se obtienen en Jesús, comenzando por la de la salvación eterna. Pero el énfasis será la atracción de seguir a Jesús para estar postrado a sus pies en adoración piadosa ahora y siempre.

Quizás algunos no respondan a este mensaje, por cierto sí lo harán los que Dios busca para que le adoren. Y hay ya pruebas concretas de que no son pocos los inconversos que anhelan oír un mensaje así. Los demás, los que responden por necesidad, siempre los tendremos con nosotros (Jn. 12:8); pero a estos otros hay que buscarlos, colaborando con Dios mismo para encontrarlos. Y la manera de encontrarlos es llamándolos a adorarle.

Partiendo de la necesidad de mejorar cada día nuestro culto al Señor, no nos parecerá nada raro que algo tan importante como el evangelismo tenga que ver con algo que es su propio fin.

Es cierto que darle gloria a Dios no consiste solamente en cantarle alabanzas en la Iglesia o particularmente; la vida ha de responder, pero ésta ha de responder en un todo. Sin embargo queremos lograr llamar la atención al culto integral que, si se ofrece con el estilo de vida solamente, no pasa de ser un humanismo que pretende ser espiritual, y si solamente se ofrece con los cánticos, no es otra cosa que declarada hipocresía.

Y esta evangelización comienza por casa. Es cuestión de predicar el evangelio con la unción del Espíritu Santo y para la gloria de Dios trayendo en primer lugar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat.10:6).

Esas ovejas perdidas, que no lo son sino temporalmente, por ser de la casa de Israel, son aquellos creyentes que dicen amar a Dios, pero que por nada están dispuestos a sujetarse a la Iglesia. Desde Dan hasta Beerseba, tenían que ir a Jerusalén para ofrecer el culto a Dios. Había mucha gente en el reino de Israel pero se debía estar en Jerusalén. Es un mal testimonio ver tanto creyente independiente, visitador de iglesias, pero “libre” de su yugo.

Y lo más interesante es que, en ese estado, se pretende estar unido al yugo de Cristo. La cabeza es Cristo, el cuerpo es la Iglesia, por lo tanto el yugo es el mismo. No existe el divorcio en el contexto de la santidad, Cristo y la Iglesia ni se han divorciado ni lo harán jamás. Ese romance de amor que es el argumento del relato bíblico, perdurará por los siglos sin fin. Y hay un yugo que llevar en esta tierra, el mismo que lleva Cristo y que le ha dado a la Iglesia. Es cierto que el convivir con los demás no es muy halagüeño, pero el Señor mismo dice que este yugo es fácil y que la carga es liviana (Mat. 11:29-20). Si se vive en el reino de Dios se tiene que vivir totalmente. La Iglesia no es un invento humano, es más que una institución divina, es la esposa del Señor, y no estar sujeto a la Iglesia hace perder la relación con Cristo.

Ni siquiera se puede comparar al ciudadano de una nación que vive en el extranjero. Este está sujeto a la ley de dos países. El creyente que no pertenece a la Iglesia no está sujeto a nadie, sino a la caprichosa interpretación personal de las Sagradas Escrituras. Esta inmensidad cierta de la Iglesia universal es la suma de todas las Iglesias constituídas bajo el poder del Espíritu Santo, y que tienen los ministerios correspondientes funcionando en ella, a los cuales hay que prestar atención, y a los cuales hay que estar sujeto. No creamos que se vive tan bien en esa independencia. Nunca se sabe hacia dónde uno va, se deja guiar por su propio instinto, y se da la sensación de que se es un barco que va a la deriva.

Por otro lado si todos los creyentes pensaran así nunca se podría encarar nada serio. Y por encima de todo, ésta no es la imagen que se tiene de un cuerpo unido, si éste está diseminado por la insurrección de sus componentes, jamás llegará a ser la “una cosa” que el Señor oró en su despedida. No dejar de congregarse no connota una congregación diferente cada día según el impulso de la propia “libertad”, sino un compromiso con la Iglesia a la que uno pertenece. Es de suponer que cuando el Señor venga encontrará las iglesias en otra posición de la que ahora están. Hay indicios de trabajos hacia la unidad que seguramente darán sus frutos, si están hechos en el Espíritu. Pero nunca dejarán aparte la identificación y el compromiso de cada creyente con la Iglesia en una manera personal y geográfica. El hombre todavía como cuerpo ocupa un lugar en el espacio, y por lo tanto, debe estar en su lugar, no andando de acá para allá.

Me asombré la primera vez que estuve en los Estados Unidos de Norteamérica. Yo era bastante joven en aquel entonces y recién descubría muchas cosas en la vida eclesiástica propia y en la ajena. Me asombré, digo, cuando descubrí la cantidad de “predicadores independientes” que había en aquel país. Gente que pretendiendo responder a Cristo no respondía sino a su propia pretendida “comodidad y libertad”.

Sujeción a la Iglesia, no a instituciones humanas o religiosas. Es la Iglesia la cosoberana con Cristo. Y repetimos, la Iglesia universal está compuesta por todas las iglesias locales y denominacionales que mal que nos pese forman la Iglesia del Señor. Si no pertenezco a una de estas iglesias no tengo lugar en la Iglesia Universal. ¿Qué será entonces del creyente que se encuentra en esa situación? No lo podemos echar del reino, simplemente diremos que es un hombre rebelde que se ha sacudido el yugo del Señor, y que está dando un testimonio feo con respecto a la Iglesia, que ya de por sí lo tiene feo en el mundo por muchos siglos de desenfoque y de error.

Pero es lo único que tenemos, que va marchando, llena de luchas, hacia la perfección y la ha de hallar, puesto que Dios se la va a presentar a sí mismo siendo sin mancha y sin arruga (Ef. 5:27).

Agradezca a Dios aquel que está metido en la Iglesia, puesto que la Biblia dice que “el que halló esposa halló el bien” (Prov. 18:22). Y rectifique su actitud aquel que equivocadamente anda sin rumbo.

Era una tarde medio lluviosa. Toda la familia estaba frente al televisor con la estufa prendida. Era domingo, ni la más mínima intención de ir al culto aquella tarde.

De pronto aparecieron los ancianos de la Iglesia, haciendo una visita, porque aquella tarde de invierno se repetía domingo tras domingo. La vergüenza se apoderó del padre de familia. Aquella tarde fueron al culto y comprobaron que el yugo es fácil. No solamente que es fácil, sino que es mejor estar “un día en sus atrios que mil fuera de ellos” (Sal. 84:10), que es mejor “estar en tu casa que morar en las moradas de maldad” (Sal. 84:10). Es una mentira la pretendida santidad hogareña en perjuicio del deber de estar en el culto bendiciendo a Dios. Si no podemos sentir la presencia de Dios en presencia de los hermanos, no digamos que encontramos al Señor a solas; a solas encontramos una insana satisfacción nada más, y muy pronto encontraremos un gran desvío doctrinal y espiritual. Los encuentros personales con Dios en el espíritu son verdaderos cuando no se está desvinculado de la Iglesia: no puedo amar a Dios a quien no he visto, si no amo al hermano que estoy viendo (1a. Jn. 4:20). Y para amar al hermano hay que estar con él. El amor no se demuestra cuando se está lejos, cualquiera puede amar y ser amado en la lejanía. Pero se trata de estar pegados el uno al otro, de conocer nuestros defectos, y a pesar de ellos, amarse entrañablemente, de corazón puro (1a. Ped. 1:22). Y esto no se logra perteneciendo itinerantemente a la Iglesia Universal, ni encerrado en la cámara secreta únicamente, sino estando en Jerusalén, al lado de los hermanos que tienen el mismo deseo de alabar y bendecir a Dios.

Soy un enamorado de la familia. Actualmente la mayoría de mis hijos casados viven, junto a sus cónyuges, con mi esposa y conmigo. Sería difícil convivir si no pusiéramos a Dios en primer lugar y la Iglesia junto al Señor. Hemos vivido por varios años en una comunidad numerosa. Podemos contar cosas hermosas con respecto a la convivencia fraternal, compartiendo mucha escasez y necesidad, ya que el Señor quiso hacernos vivir esa experiencia. Hubiera sido conflictivo si Dios y el culto no hubieran presidido todo, y precedido a todo lo que se vivía en la casa grande.

Dios es primero si realmente se quiere vivir en armonía y felicidad tanto en un hogar reducido como en una comunidad numerosa.

Porque todo el bien que precisa la humanidad no se puede hallar fuera de la preeminencia de Dios.

CONGREGACIÓN Y ARMONÍA

Hay un argumento muy respetable y que es bueno que tengamos en cuenta de parte de quienes quieren vivir una vida separada de la Iglesia, que es el que se refiere al pobre testimonio que se da la mayoría de las veces en las congregaciones, por lo cual es preferible no identificarse con ellos si es que uno quiere obtener resultados con su evangelismo personal. Y por lo tanto es mejor que quien se convierte no vaya a ninguna iglesia pues muy pronto se desengañará y aflojará en el camino, por el mal testimonio de los hermanos.

El argumento es para tenerlo en cuenta; pero no hay que tomarlo tan dramáticamente, pues esa exageración es producto de otras intenciones, para no estar identificado con la Iglesia.

Es cierto que se encaran temas espirituales, en el seno de las congregaciones, de una manera carnal y humanística que tiene muy poco que ver con el Espíritu de Dios. :

Y esto produce divisiones. Es cierto también que la multiplicación de iglesias obedece más a las divisiones que hay que al despliegue evangelístico, las más de las veces.

Pero la Iglesia es la Iglesia. Y no hay que estar en ella por las perfecciones humanas, sino porque es el lugar indicado por Dios para que su pueblo se congregue. Y si Dios, que es Dios, a pesar de nuestros defectos nos tolera y nos ama, nosotros que somos quienes somos, ha de ser más congruente que nos soportemos con paciencia los unos a los otros (Ef. 4:2), pues todos padecemos del mismo mal. En cuanto a que los nuevos creyentes puedan escandalizarse, esto corre por cuenta de la relación de ellos mismos con el Señor. Él dijo que no estemos solos.

Ya lo vio cuando creó a Adán. A primera vista, aquella ayuda idónea que le proveyó no fue tal ayuda idónea.

Pero Dios vio que aquello era, como todo lo que hizo, bueno en gran manera.

De ningún modo tratamos de justificar el pecado de carnalidad y mundanalidad que hay en la Iglesia. Pero sí que no aceptamos este argumento como justificativo de estar alejado de la Iglesia. Los que están fuera de la Iglesia, si es que están en esa condición por el mal testimonio, deberían agruparse y congregarse y formar una nueva Iglesia exenta de esos problemas. Y como Dios dice que no conviene que el hombre esté solo, y como la experiencia prueba que las nuevas iglesias también sufren del mismo mal, lo mejor que pueden hacer es volver adonde han salido.

Otra vez decimos que no justificamos el mal testimonio que la Iglesia da, por eso propiciamos ese culto espiritual y verdadero que envuelve el ser entero y lo transforma para la gloria de Dios. Pruebe la Iglesia de darle toda la gloria al Señor, y se comprobará que el mal testimonio desaparece y la luz de Dios comienza a llamar a todos los que son reacios a congregarse en el seno de la Iglesia.

Cuando decimos que la Iglesia tiene que propiciar y establecer ese culto al Señor, no queremos dejarlo todo circunscrito a ese culto, como quizás algunos hacen, descuidando las demás facetas de una congregación. Entendemos que cada iglesia tiene su propia característica, pero debe reunir en su despliegue todas las otras actividades.

Apartemos los miedos y aprendamos a aceptar los distintos enfoques que cada iglesia tiene y contribuiremos a paliar las divisiones tan frecuentes y los anatemas pronunciados sin ton si son. Pensamos muchas veces que, si el Señor obra en otro lugar de una manera distinta de la que obra a nuestro lado, ya la cosa no es de Dios, y comenzamos a levantar trincheras proteccionistas de una santidad que es sólo el miedo que produce la falta de amor (1a. Jn. 4:18).

Llegaremos sin duda a pensar lo mismo y a sentir lo mismo (1a. Cor. 1:10), en una unanimidad más gloriosa que la de aquellos que estaban juntos en Pentecostés (Hech. 2:1); pero mientras tanto saboreamos la gloria de la armonía que es el respeto que nos debemos los unos a los otros en nuestra diversidad, tanto en la forma de culto como en las distintas interpretaciones de ciertas doctrinas que no tocan lo fundamental.

Siempre Dios rompe estructuras cuando se mueve soberanamente; la historia nos lo enseña. El peligro estriba en que lo que surge de este rompimiento de estructuras se erige en un edificio estructuralmente nuevo, y se cree que aquello es lo que todos tienen que imitar. Salvo que Dios dé una palabra en tal sentido, cada uno debe seguir la guía particular del Señor que coincide en un punto: Dios está formando un pueblo. Es necesario saber distinguir lo que son tradiciones y costumbres de lo que son mandamientos

del Señor. Por más que hayamos recibido del Señor tal o cual indicación en cuanto al mover de la Iglesia, esa indicación se transformará en una tradición humana, si tratamos de imponerla o imitarla, sin que medie una palabra expresa de Dios en tal sentido.

No es lo antedicho tapar la boca de quienes han recibido una revelación de Dios. No es quedarse callados ante lo que Dios haya mostrado. Es necesario proclamarlo, es necesario extenderlo; pero es imprudente imponerlo.

Desde estas páginas estamos propiciando un evangelismo basado en la búsqueda de Dios, en la paternidad espiritual del predicador, en la identificación con la Iglesia, y por encima de todo en el culto de mayor gloria que, necesariamente, debemos ofrecer al Señor. Pero esto lo hacemos por persuasión, no en un empecinamiento de que todos deben hacerlo así. Así nace el respeto de los unos para con los otros, y así se puede vivir en una armonía que traerá bendición y vida eterna (Sal. 133); y dicho sea de paso, esta armonía que viene del respeto mutuo debe comenzar en cada una de las congregaciones primero, para que luego pueda extenderse en una interrelación universal de todas las iglesias.

Hay prácticas eclesiásticas que son pecados envueltos en carnalidad, egocentrismo y mundanalidad; pero hay otras prácticas que no lo son. Y si hay que aprender a desechar el pecado, también hay que aprender a tener comunión con aquellos que no ven la obra de Dios como la ven otros. Los mismos evangelios difieren en algunos de sus relatos; pero tomamos todo lo que hay en ellos como palabra de Dios, porque El mismo ha enviado la revelación a sus escritores desde distintos ángulos, teniendo en cuenta de hacer resaltar, en todos ellos, su indiscutible soberanía y amor hacia el pecador.

De ninguna manera tratamos de restar fuerza a lo que nos proponemos difundir en cuanto a nuestro enfoque evangelístico; estamos convencidos de que Dios nos ha traído hasta este punto, y nos ha mandado proclamarlo.

Pero hasta aquí llega nuestra responsabilidad. Si esto ha de llamar la atención o pasar desapercibido, está en las manos del Señor. Nos resta ser fieles a lo que entendemos que Dios ha dicho. De una cosa sí estamos persuadidos, de que hemos dejado las tradiciones para atender la revelación de Dios, que siempre está respaldada por la Biblia. Escondida quizás por el momento para algunos, pero en esto estriba la fidelidad, en poner manos a la obra cuando la palabra y el Espíritu ordenan llevarlo a cabo.

En la experiencia que hemos relatado en la introducción del presente volumen, durante los años cuando el evangelismo que realizamos era sólo de puertas adentro y mirando solamente al Señor y no a las almas, llovieron, por supuesto, las opiniones en contra. A lo que anteponíamos la siguiente justificación: “Estamos afilando la espada hasta que llegue el momento de esgrimirla”. Alguien nos contestó con mucho humorismo ante nuestro argumento: “Tengan cuidado que de tanto afilarla no les quede más que la empuñadura cuando la vayan a usar”.

Esto hubiera sido lamentable; pero no era probable que sucediera, pues mediaba en ello una palabra bien clara del Señor. Él tiene acostumbrada a la Iglesia a darle palabra, y la Iglesia debe acostumbrarse a obedecerla, pero teniendo en cuenta opiniones bien intencionadas de los demás.

Esa salida graciosa del hermano, que nos quería bien, no se dejó archivada, o peor, relegada con enojo imputándole inoportunidad. Quedó esperando que viniera la otra orden que vino. Y esa fue directamente de Dios: “Ahora ya podéis lanzaros a buscar a las almas para que vengan a Jerusalén a adorarme”. Si no queda transcrito lo textual, este era el sentido de la palabra de Dios que se hizo esperar el tiempo exacto de su voluntad. Entre tanto las almas se iban agregando a la Iglesia.

Respetémonos mutuamente en nuestras apreciaciones de la marcha de la obra. Hablemos con relevancia y convicción de nuestras propias revelaciones recibidas. Y tengamos el corazón y la mente abiertos a la luz que Dios quiera enviar. Y esta luz puede venir por la lectura de un libro también. Convencidos estamos, la revelación responde a la Escritura, escribimos y hablamos con vehemencia.

Estamos sintiendo lo que Moisés le dijo a Hobab cuando partían del desierto de Sinaí: “Ven con nosotros que te haremos bien” (Núm. 10:20). En esta expresión Moisés no solamente ofrecía, sino que, al ofrecer, estaba buscando la compañía de Hobab, porque lo necesitaba para que le ayudara en el camino (Núm. 10:31). Sólo Dios en su absoluta suficiencia no necesita de nadie. Pero nosotros, sus hijos, aún en las más altas revelaciones, no nos podemos poner en un plano suficiente pues realmente necesitamos a los otros miembros del cuerpo, con sus apreciaciones de la obra de Dios. Escribimos, pero también leemos.

Con el culto espiritual y una amplia visión: apertura hacia todo lo bueno que tienen los demás, se alejarán los pecados. Mucha gente peca por falta de expresión a Dios y por estar reducido su plano visual. Practicando estas dos obras sobra valor para enfrentar al enemigo de las almas. Y así se dejará sin excusa a aquellos que no encuentran estímulo en congregarse, y están en flagrante falta delante del Señor. Y se verá si están apartados de la Iglesia por los defectos que ella tiene, o si en realidad hay que

arreglar algo en la vida individual. Creemos que es esto último, hay algo que arreglar, sin duda, en la vida del creyente que se empeña en no estar en Jerusalén. No hay jerusalenes, es Jerusalén, y está Jerusalén es la pequeña Iglesia del barrio o la gran congregación en la plaza más importante de la ciudad; aquella a la que se pertenece es la Jerusalén. Nosotros estamos sujetos al espacio, no podemos pertenecer sino a un solo lugar. El universalismo de la Iglesia es una cosa que está en el quehacer de Dios y pertenece a su inmensidad; y Él ha provisto, para nuestro reducido cuerpo, un adecuado lugar donde poder estar identificados, no para que Él pueda encontrarnos, ya que nos halla donde quiera estemos, sino para que podamos encontrarnos entre nosotros. Es triste, a veces para encontrar a un hermano hay que dar miles de vueltas por otras tantas congregaciones, tantos miles de domingos.

Congregados en una Iglesia que guarda plena armonía, por su amplia visión, con todos los demás. Y lo ideal: ofreciendo un culto espiritual, fresco y fragante al que es digno y espera recibirlo.

RELACIONADOS CON DIOS

Ya queda dicho que no es bueno emprender ninguna de las demás actividades si previamente no queda restaurado el culto al Señor, y queda firme el propósito de que ese culto debe ir progresando en gloria de una manera permanente. El evangelismo, pues, se emprenderá fuertemente enlazado con el culto a Dios. Primero le ofrecemos el culto y esperamos que el Señor añada los suyos; entretanto nos dedicamos a aprender a amarle y adorarle, volviendo al primer amor que nos estará esperando en la persona de Cristo y nos hará crecer en ese amor inefable que necesariamente tendremos que expresar con nuestro ser entero. Le amaremos con todo nuestro corazón, con todo nuestro entendimiento y con todas nuestras fuerzas (Mar.12:30) y Él nos enseñará a amarle más allá de nuestras fuerzas, en una deducción lógica que de Dios se desprende. Amaremos al prójimo como a nosotros mismos, y Él nos enseñará a buscar el bien del otro antes que el nuestro propio. Y así no nos cabrá ninguna duda de que ofrecerle un culto espiritual y verdadero es lo primero y lo último, porque Él es el Alfa y la Omega (Ap. 1:11).

Luego supeditaremos toda actividad al culto a Dios, y éste quedará ligado a toda actividad, de la cual el evangelismo surge como una gran necesidad, por amor a Dios.

Ya que Él hizo la redención por amor a sí mismo (Is.43:7), nosotros debemos predicar por amor a Dios mismo, para que la gente se salve y engrose ese coro de adoradores que le rinden gloria y majestad.

Cuando se vuelve al primer amor, cuando uno se despoja de todo, lo bueno y lo malo, y no quiere saber otra cosa sino de Cristo, de amarle y de bendecirle, entiende que todo se reduce, según la expresión de Pablo, a basura (Fil. 3:8) para llegar a conocerle en plenitud. Volver al primer amor es el camino para llegar a la más alta expresión del conocimiento de Dios. Es maravilloso perder el miedo a despojarse o ser despojado de lo que uno ha alcanzado seguramente por un camino que no es precisamente del espíritu, en una expresión genuina.

Pero primero comenzaremos a juntar a aquellos que se apartaron, los que creyendo o no creyendo no están congregados en una iglesia que es la Iglesia.

Debemos insistir en esta faz previa del evangelismo, siguiendo la senda que nos marca el Señor: comenzar por lo más familiarizado y cercano, a la casa de Dios, extendiendonos hasta lo último de la tierra, en una interpretación del texto literal y espiritualmente. Entendemos que es necesario seguir este orden. La invitación a la gran cena también puede ser interpretada así (Luc. 14:16-24).

No podemos olvidar de ninguna manera a nuestros hermanos, pretextando la urgencia que tenemos. Hagámoslo sin demora, pero empecemos por donde tenemos que empezar, pues no es predicarles de nuevo el evangelio, es llamarlos a la Iglesia a rendir el culto a Dios. Y volvemos a decir que ésta será una buena etapa previa para luego irrumpir, completa y poderosamente, como una Iglesia imparable, efectuando la gran pesca de aquellos que nunca respondieron al llamado de Dios.

Es, pues, necesario volver a insistir sobre ese tema. Los que se fueron, los que dejaron su congregación, deben volver a una Iglesia que, restaurada en su culto al Señor, se proyecta gloriosa sobre la faz de la tierra.

Cuando se deja el primer amor también se deja la Iglesia. Se puede deducir del mensaje a la Iglesia en Efeso, que el dejar el primer amor fue a causa de haber probado a los que se decían ser apóstoles y no lo eran, y de no poder sufrir a los malos (Ap. 2:2). Esto que es algo aprobado por Dios, si no se fue con el primer amor puede llegar a promover la des congregación, ya que ésta siempre viene por el juzgar a los demás sin el equilibrio espiritual del amor.

Volver al primer amor es aspirar a llegar a los más altos niveles de relación con Dios. Si se ha incurrido en desviación, (y se ha incurrido si no se está en el seno de la Iglesia); no se puede volver a la buena senda campo a través.

Tiene que buscarse de nuevo el punto de partida, y tomar la primitiva relación que se tiene con Dios cuando se es convertido. Esta relación es de hijo. Quienes le recibieron tienen la potestad de ser hechos hijos de Dios, los que creen en su nombre (Jn. 1:12). Este es el primer amor, la primera relación o el primer estado que se tiene con Dios, que jamás se pierde, inexplicablemente, aunque se deje el primer amor; pero no se avanza más.

Al irse de la Iglesia dejaron el primer amor, conformándose en ser únicamente hijos de Dios. Descongregarse es conformarse con ese primer estado primitivo, y así nunca se crece en una nueva relación con El. Fuera de la Iglesia no se encuentra el desarrollo.

Hay diferentes estados de relación espiritual con el Señor: primero hijos, después discípulos, siervos, amigos y amados. Y estas diferentes relaciones, que ninguna excluye a la otra, se mantienen indefectiblemente dentro de la Iglesia.

Cuando se deja la casa del Padre, no se deja de ser hijo, pero se vive como si no se lo fuera; así fue la historia de la partida del pródigo (Luc. 15:11-32). Así se pierde el primer amor, si no se aspira a entrar en una relación más alta en la condición de hijo. Y si se pierde el primer amor se deja la Iglesia, y si se deja la Iglesia se pierde el primer amor.

Dirigimos, pues, nuestra etapa previa de evangelismo a aquellos que deben volver a la casa del padre, a vivir como hijos de Dios, aspirando a nuevas relaciones con Él.

Y eso de entrar en nuevas relaciones con Dios es fundamental para volver a la Iglesia. Es necesario levantar la mirada y ver en Dios más que un padre, ver en Él un soberano Señor, a un maestro, a un amigo y al entrañable amor de nuestra vida, sin el cual es imposible vivir. Y los que se conforman con ser hijos de Dios, no ven todo esto.

Hay pastores que aspiran tener una Iglesia numerosa.

Y también la generalidad de los creyentes están dispuestos a prestar atención a aquellos siervos que han logrado una Iglesia numerosa. Y parece que en realidad éste es el requisito para que escuchen la voz de alguien. Sin embargo, más importante que esto es que, en la Iglesia, los creyentes aspiren a entrar en esas diferentes relaciones con Dios, que hemos señalado.

Esa es otra motivación inadecuada: buscar tener una Iglesia numerosa para que los demás puedan percatarse de que se existe y se tiene algo que decir. Y parece que no hay otro remedio que hacerlo así. Pero tengamos cuidado, pues una sola motivación vale para poder llegar a ser una numerosa congregación. Y esa, ya lo hemos repetido, y creyéndolo necesario lo repetimos otra vez: para darle mayor gloria al Señor. Con esas nuevas relaciones con Dios también entramos a darle mayor gloria, por esto son válidas en sí mismas, y tienen doble valor porque ellas se tienen en el seno de la Iglesia, que es donde se celebra este culto espiritual y santo.

Estos estados de relación con Dios se obtienen por la fe que es la que siempre nos conduce a la gracia, y ellos son disfrutados por el creyente como dones gratuitos (San. 1:17) y perfectos: pero quienes conocen el camino del Espíritu saben que se obtienen con ciertas condiciones de posición espiritual, es decir, con el esfuerzo que entraña nuestra colaboración en el proceso de santificación, que de una manera que sólo se puede discernir espiritualmente nos remiten a Pablo que dice: “Esfuézate en la gracia que es en Cristo Jesús” (2a. Tim. 2:1).

Toda gracia se obtiene por el esfuerzo con que uno se ha de empeñar en obtenerla, y una vez lograda se ha de comprender que ese esfuerzo no entraña ningún mérito propio, sino que es la misma gracia de Dios para que nada sea por obras, e imputemos todos los méritos al Señor, pues si hemos hecho todo lo que teníamos que hacer somos unos siervos inútiles (Luc. 17:10). Esto quita toda posibilidad de arrogancia. Esta es la posición correcta, la de siervo inútil, que nos tiene que encontrar en cada uno de los estados de relación que el Señor, por su gracia, nos vaya otorgando.

Por cierto que en la relación primitiva que tenemos de hijos, ya se marcará esa posición de inutilidad bienhechora, ya que cuando somos hijos lo somos en el sentido bíblico y patriarcal, donde el padre es el objeto de todo el servicio de los hijos, tal lo que se desprende de la expresión “hijo que le sirve” que encontramos en Mal. 3:17.

Si bien los que se des congregan se conforman con esa relación de hijos sin aspirar a ninguna otra, también es cierto que no entienden el sentido bíblico de ser hijos, que es estar en la casa al servicio del padre, sin que esto equivalga a ningún mérito.

Para poder entrar en esas relaciones se debe olvidar cómo se encaran modernamente las relaciones entre padres e hijos.

Hay un evidente deterioro en el concepto que se tiene de la paternidad y de la condición de hijos. Por un lado la mayoría de los padres han entrado en una gran declinación en cuanto al ejercicio de la autoridad, y por el otro lado los hijos se sienten desprotegidos por esa falta de autoridad y se desvinculan muy fácilmente de sus lazos filiales. Y en eso contribuye toda la enseñanza que tiende a desvirtuar la autoridad patriarcal signándola de retrógrada y caduca.

Pero evidentemente esto no es lo que la Biblia enseña.

Un padre de la Escritura es uno que ejerce autoridad sin exasperación de sus hijos (Ef. 6:4), porque es figura de la paternidad de Dios, quien soberanamente ama al hombre que ha creado, y que lo disciplina con sabiduría. Y un hijo bíblico es el que absorbe esa disciplina con veneración (Heb. 12:9).

No es bueno que el creyente se deje influir por otras teorías y enseñanzas, pues su conducta debe estar de acuerdo con los dictados que rigen la filosofía del reino de Dios. Ir a buscar fuera de las Escrituras la manera de conducirnos, contribuirá de una manera muy notable a esa mezcla de mundanalidad que ya se nota demasiado en la vituperada Iglesia del Señor.

Aspirar a nuevas relaciones con Dios, partiendo del primer estado que alcanzamos por la primitiva fe en Cristo Jesús. Esto nos mantendrá no sólo cerca del Padre, sino dentro del lugar donde el Padre está, que es su casa, la Iglesia en la que estamos congregados, que es junto con las demás, la Iglesia, la única que hay.

VENID A SU SANTUARIO

En ningún momento tenemos que perder de vista el motivo por el cual el rey Ezequías (2° Crón. 30), necesitaba tener más sacerdotes santificados y mucha más gente reunida en Jerusalén. Esto es necesario ir repitiéndolo, por cuanto el motivo por el cual se precisaba reunirlos respondía al imperativo de ofrecer un culto de mayor gloria al Señor. Ni la santificación se centra en la necesidad del hombre, ni la evangelización masiva ha de responder a esa misma necesidad, ni siquiera al testimonio de la Iglesia.

Cuando vemos todas las cosas bajo la óptica de una constante y creciente gloria para Dios, es que ya hemos encontrado el motivo básico para caminar sin equivocaciones ni desvíos en la vida cristiana. Ese es el límite ilimitado de la evangelización, por consiguiente, ya que ésta es una de las actividades más sobresalientes en el cumplimiento de los mandatos del Señor Jesús. No sólo la redención es hecha por su causa y para su gloria, sino que todo es para su soberana satisfacción. ¡Él es Dios! Una lectura sumisa de los capítulos 43 a 48 de Isaías mueven el corazón de quien ama al Señor, y no le puede caber ninguna duda de que ni un solo aleteo del más insignificante insecto deja de ser para su gloria, y esta gloria va creciendo a medida que todo lo creado se va manifestando, hasta llegar a los más altos niveles de comunión con el mismo Señor. ¡Él es Dios! ¡Él es Rey! ¡Él es Señor! ¡Aleluya!.

Nunca realmente obtendremos resultados duraderos mayoritariamente si no centramos el evangelismo en ese punto de la alabanza al Señor. Toda motivación humanista o pseudo espiritual produce un porcentaje muy limitado de creyentes permanentes. Son muchas las iglesias que siempre tienen el mismo número de miembros y siempre se convierten almas, almas que no perseveran, porque fueron atrapadas con anzuelos extra bíblicos o motivadas por mensajes que apuntan al hombre y su necesidad, y no a la gloria de Dios. No es de extrañar que se alejen a la primera demanda.

Evangelizar es predicar el evangelio a toda criatura, decir que el reino de los cielos se ha acercado, para que las almas se salven y se congreguen en la Iglesia, porque el motivo que ha originado esto es el propósito de Dios de sentirse glorificado por su pueblo reunido en Jerusalén. El dispersar el pueblo, la diáspora que la Iglesia vive, de vez en cuando, es originada por la soberana voluntad de Dios para excepcionales propósitos; pero el creyente no se dirige hacia la dispersión, sino hacia la congregación. Y si debe haber algún éxodo casi siempre es masivo, y también para el propósito de una gloria mayor de Él, pues Él se glorifica aun en la dispersión ordenada por su beneplácito. Pero esto es exclusividad de Dios. Excepcionalmente podemos recibir una palabra para que momentáneamente nos apartemos de la congregación en forma física, nunca espiritual. Pero la regla siempre es estar juntos. Pues El no habita entre las alabanzas de un determinado individuo, sino de su pueblo, (Sal. 22:3).

Y este pueblo está esparcido todavía en Judea y Samaria: hay que llamarlos primero a ellos. Quizás algunos no querrán venir, pero hay que darles la oportunidad. Solamente luego hay que ir hasta lo último de la tierra y llenar la casa de hijos de Dios que han de aspirar a entrar en gloriosas relaciones con El, para que El reciba mucha más gloria.

¡Hermano que estás disperso y no congregado, que has desechado el yugo de Jesús, regresa a tu congregación e incorpórate a la alabanza de tu Dios!.

No tratamos a estos hermanos con desprecio, sino con una compasión espiritual, la misma que sentía el Señor Jesús cuando veía a los habitantes de ciudades y aldeas como ovejas que no tienen pastor (Mat. 9:36). Y esa sí es una verdadera compasión, que quebranta el espíritu y el alma y hace entrar en un clamor de intercesión por quienes se pierden la oportunidad de glorificar a Cristo.

De ninguna manera podemos pasar por alto a estos hermanos. Quizás algunos de ellos sean de estos que denominamos "hermanos-problema". Y a veces es mejor que estén lejos que no trayendo molestias en la Iglesia.

Hay gente que respira con alivio cuando determinados hermanos toman la decisión de salir de la Iglesia, e ir a deambular por ahí. A veces hasta se les ofrece la oportunidad. Pero todo esto obedece a una falta que es común en las entristecidas iglesias del Señor: la falta de la presencia de Dios. Hay una congregación que viene funcionando desde hace dos décadas, cuyo cuerpo de dirigentes jamás han tenido un problema; gobierna la Iglesia con aciertos y errores, pero la presencia de Dios les garantiza, en la práctica, la unidad entre ellos. Es la búsqueda de Dios, no la severidad doctrinaria, ni la diplomacia inteligente, la que aleja la división tan usual en las Iglesias.

Queremos que vuelvan estos hermanos, que participen de estos días gloriosos que se anticipan, cuando las almas han de responder a un mensaje del evangelio, motivado genuinamente por el evangelio mismo, puesto que no hay mejores noticias que invitar a las almas a unirse a un pueblo cuyo propósito, primero y último, es adorar al que vive para siempre. Pero primero son ellos, tienen que volver al seno de la Iglesia, arrepentidos por haberse alejado, dejándose de buscar justificativos, y de echarle la culpa a los demás.

El lugar de todo creyente es la Iglesia del Señor, la visible, no la etérea que está esparcida por el aire, sino la que puedo tocar con las manos y juntarlas a las manos de los otros hermanos en la fe. Es por eso que a buena parte de este volúmen queremos dedicarla a ellos. Y Dios quiera que nos lean, y regresen al hogar. No podríamos ofrecer ese culto inminente que debemos ofrecerle al Señor si ellos no están con nosotros. Nos sentimos como Judá ante el desconocido José, intercediendo por Benjamín (Gén. 44:18-34). ¡Oh Señor, trae a la Iglesia a nuestros hermanos que se fueron!.

Muchos de ellos no regresan por la severidad que saben van a encontrar en la Iglesia, que no está dispuesta a admitirlos si no hay una grandilocuente manifestación de arrepentimiento. Otros solamente tienen la oportunidad de regresar cuando hay una división en la Iglesia, incorporándose en alguno de los bandos que necesita número para imponer su criterio. Otras veces, también son invitados a volver porque hay que echar al pastor, y se necesita un voto, puesto que hay hermanos que nunca van a la Iglesia, pero jamás dijeron que no pertenecían a ella, y apuntalan su membresía yendo una vez cada tanto.

¡Oh la presencia de Dios! ¡Oh la búsqueda del rostro del Señor! ¡Oh el culto de gloria que se le debe ofrecer! Todo esto es lo que hace falta para que no se den esos malos ejemplos entre los hijos de Dios, tanto en los que están dentro como entre los que están fuera.

Es un consuelo de tontos argumentar que somos una familia, y que estas cosas suelen pasar entre las familias.

Pero ésta, la familia de Dios, es una familia que debe dar ejemplo de virtudes, de amor y de unidad.

Proponemos poner los ojos en Jesús, quitando el peso del pecado que nos rodea (Heb. 12:1) y volver a la Iglesia en humildad y arrepentimiento. Y del otro lado, ubicando la mirada donde hay que ponerla, obrar como el Señor obró siempre, con un juicio misericordioso, pero espiritual. Y con una seriedad que condiga con lo que significa ser miembro del cuerpo de Cristo, lo cual también funciona en la esfera del espíritu, que es en el único nivel en que se deben conducir los hijos de Dios.

Nuestra actitud no es de beligerancia, antes ponemos todo nuestro empeño en rescatar de su vaguedad a los que no están en la casa del Padre, y son, como nosotros, hijos de Dios.

Podríamos tomar una actitud indiferente y llamar a los cojos, los ciegos y los mancos; pero hay un llamado muy particular en ese pregón de Ezequías, según 2° Crónicas 30, en esas cartas enviadas por sus mensajeros.

Hay en ellos un argumento (v. 6-9) precedido de un encabezamiento conmovedor: “Hijos de Israel” (v. 6). Y por esa calidad de hijos nos empecinamos y también argumentamos, que no os quedéis fuera de Jerusalén, sino que “acudáis al santuario que Él ha santificado para siempre” (v. 8). Y este santuario es la Iglesia en la cual, en un lugar y otro, todos debemos estar.

Todos somos hijos, unos dentro y otros fuera, pero los que están fuera no pueden alcanzar los otros estados de relación con Dios que hemos enumerado con anterioridad.

Desde fuera no se puede ser discípulo del Señor, ni siervo, tampoco se puede ser amigo, ni mucho menos amado. Ni se puede dar ese culto de mayor gloria, que Él quiere recibir.

Y esto es lo que proponemos abordar en las páginas que siguen.

DISCIPULOS DEL SEÑOR

Marcos nos dice que a los discípulos que el Señor iba llamando, los juntó para que estuvieran con Él, primeramente, y después los envió a predicar (Mar. 3:14). Eso de estar con Él no era para que Él pudiera atenderlos separadamente, sino para que estuvieran juntos con Él. De vez en cuando se dirigía a alguno para darle algún reto que necesitaba (Mar. 8:32-33), otras veces separaba a tres y les mostraba un aspecto muy particular de su persona (Mar. 9:2-23). Pero esto lo hacía excepcionalmente. De ordinario estaban todos juntos en una permanencia cotidiana.

Los discípulos primero fueron hijos, pues al creer en Jesús y seguirle se convirtieron en hijos de Dios (Jn.1:2); pero necesitaban ser discípulos para aprender de su maestro. Si los hijos no van a la escuela, no por eso dejarán de ser hijos, pero lo cierto es que no serán discípulos.

La condición de hijos no se pierde jamás, y de Dios se es hijo o no se es nada; es el primer estado, es el paso por la puerta de la salvación. En ningún caso alguien por rebelde que haya sido, por alejado del hogar, por disoluto o falto de amor, ha dejado de ser hijo de Dios. Se es hijo bueno o malo, pero se lo es siempre. Nadie puede decir: "En un tiempo fui hijo, pero ahora no lo soy". Esto es lo que faculta a algunos a tener la "valentía" de alejarse del hogar, máxime que saben que los hijos de Dios tenemos un padre que nos dice que no nos echará fuera, si vamos ÉL (Jn. 6:37).

Así que el modelo de discipulado que tenemos con el Señor Jesús es de tipo colectivo y no individual; son muy pocas las veces que se dirige a uno solo, o a una selección de ellos, porque con ellos iba a comenzar la Iglesia por la cual se iba a entregar en la cruz, y la Iglesia es una congregación no una particularidad individual. Por lo tanto, ser discípulo equivale a decir ser congregado. En la idea del discipulado que ejercía el Señor no estaba prevista otra clase de formación.

En el capítulo segundo de este volumen hemos hablado algo sobre hijos y sobre discípulos, estableciendo la importancia del lapso regular de tiempo que debe transcurrir de un estado a otro. Al principio no se está preparado para recibir enseñanzas que a veces se interpretan mal, pues no se está formado suficientemente; y un exceso de intelectualidad trae el error de la autosuficiencia. Se puede alegar que el Señor Jesús desde un principio enseñó a sus discípulos. Esto también es excepcional, dado que sus enseñanzas eran eminentemente espirituales, y no como muchos de los métodos que usamos nosotros, que solamente responden a una técnica que no tiene que ver nada con el Espíritu.

Tampoco tenemos fecha de iniciación de las clases del Señor, y no queremos pecar de demasiado ortodoxos, enfatizando que al convertido hay que dejarle sin ningún tipo de enseñanza; por supuesto que debe asistir a los cultos y reuniones donde generalmente se predica. Pero lo que sostenemos es que hay que ir con cuidado de no sobreenseñarle, señalándole ya como un discípulo; lo será potencialmente, pero todavía hay que tenerlo bien en el seno materno. Quienes se apresuran a llevar a los hijos al jardín de infantes en su tempranísima edad, parece como si quisieran desembarazarse de ellos, o bien que les estorban. Hay tiempo para eso. Que se alimenten de la presencia de Dios, y que tomen mucha leche espiritual, pero que no se les apure para que rindan en el reino. Por supuesto que no decimos esto como una regla, pues si aprendemos a vivir en el Espíritu sabremos cómo obrar en cada caso. Pero entendemos que es prudente tomar un lapso de tiempo y comenzar muy despacio la alimentación espiritual del discípulo en potencia.

Hay una gran lista de fracasos en los que se han apurado, tanto en la enseñanza como en el salir a predicar. Esta prudencia no es cobardía ni pereza, sino conocimiento espiritual. "Todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza" (Prov. 21:5).

La preocupación primaria de los hijos es que se alimenten bien, la corrección y la enseñanza vendrá a su tiempo, que, necesariamente, se presentará inexorable.

Esto queda dicho solamente con la intención de establecer la diferencia entre un estado y otro, señalando la necesidad de no estancarse con el estado de hijos, sino avanzando en las relaciones, que están esperando para que cada uno de los hijos entre en ellas.

Jesús fue padre y maestro de los suyos, y este modelo parece ser que es muy válido, para que funcione también en la Iglesia, donde los pastores deberán ser maestros y padres espirituales. Quizás la descompensación que existe entre la enseñanza y la alimentación espiritual sea porque el padre es uno y el maestro otro, y a veces se puede entrar en una competencia en la que quien paga las consecuencias es

el desdichado hijo y discípulo. Pero no estamos tratando de la relación de hijo espiritual de un pastor, ni de un discípulo a un maestro, sino de la relación que, como convertidos, debemos sostener con nuestro Señor. Sin embargo esta referencia a lo que hemos tratado con anterioridad puede ser provechosa al haberla considerado de nuevo brevemente.

Se ha visto que el tipo de discipulado del Señor Jesús es congregacional. Ya en sus comienzos establece que no habrá enseñanza fuera de la Iglesia. Él la constituye en ese grupo que empieza de uno en uno, y aun cuando es una Iglesia itinerante, no son los discípulos itinerantes, sino la congregación, pues van siempre juntos y no cambiando de compañeros cada domingo. Así llegarán hasta Pentecostés cuando surge la Iglesia gloriosa, y de una manera oficial. La razón de los traslados de los discípulos obedecerá, a partir de entonces, a la guía del Espíritu Santo y la ministración de quienes gobiernan la congregación (Hech. 13:2), pero no al capricho de ninguno de ellos.

Un discípulo es un hombre consagrado, un hombre perseverante en la palabra: “Si permanecéis en mi palabra seréis mis discípulos” (Jn. 8:31). Esto lo dijo el Señor a unos que no permanecieron en su palabra, y por lo tanto no permanecieron con Él, ni se quedaron en la congregación, antes tomaron piedras y le apedrearón. Permanecer en la palabra, permanecer en Jesús, es permanecer en la congregación, es estar con los condiscípulos, seguir con ellos, los mismos de siempre y los que se van agregando en el camino. No, de ninguna manera se puede ser discípulo sin estar congregado, despójese de este error quien se considere un discípulo itinerante que no tiene el respaldo de una congregación. Podrá tener el cuidado del Padre; pero no recibirá la enseñanza del maestro.

Hay una figura muy ilustrativa que habla de la excelencia de permanecer. Y esta figura es la de cuando uno va a la peluquería, sea hombre o mujer. Para que el peluquero trabaje bien, es necesario estarse quieto. Es una tragedia ver a esos niños revoltosos que no se quedan quietos, y el peluquero se ve en serios apuros para hacer su trabajo.

Tiene que estar la madre o el padre haciendo mil morisquetas o pegando retos, para que el niño se quede tranquilo. Más serio es cuando uno iba a afeitarse a la peluquería, hoy día no se estila tanto; pero recordando tiempos pasados uno se sentía solemne ante la navaja del barbero, y para quedar bien rasurado, el estarse quieto era una condición indispensable.

No pretendemos restar seriedad a lo que venimos diciendo al usar esta ilustración; pero no es extraño que algunos queden con alguna lastimadura sino saben permanecer quietos delante de Dios. Y al decir quietos nos referimos a no andar sin rumbo, de iglesia en iglesia, sin permanecer en ninguna.

Volviendo al peluquero, una vez uno me dijo: “Un servicio de peluquería es más importante que una buena comida”.

A lo que contesté asombrado:

— Usted me dirá por qué.

— Porque hace resplandecer el rostro.

(Dicho sea de paso ¡Qué higiénico es el corte de cabello!).

Después de la reflexión del peluquero, seguí reflexionando en que ese resplandor de rostro de un buen servicio, se debe a que se ha permanecido quieto en su sillón.

No sólo el permanecer evita lastimaduras, sino que da brillo al rostro del creyente. El que permanece está imbuido de seguridad, y emana seguridad para otros. No así el que un día está aquí y el otro está allá. No puede resplandecer su cara, porque la tiene llena de tajos y tela adhesiva.

Si se tiene que ir de un lugar a otro, hágase junto con el pueblo, con los condiscípulos, como conviene a uno que aspira a no ser solamente hijo de Dios, sino discípulo del Señor Jesús, permaneciendo en la palabra, que jamás nos dirá que nos descongreguemos.

Otros no quieren estar en la Iglesia por no tener problemas con los hermanos. Todavía recuerdo el suspiro de alivio de alguien que se alejó de la Iglesia. “¡Ahora me siento libre, por fin!”, dijo. Tiempo más tarde tuvo que regresar. Y gracias a Dios que regresó.

La felicidad no consiste en la ausencia de los problemas, sino en caminar por encima de las aguas. Sabiamente nos dice la Escritura que es necesaria la paciencia (Heb. 10:36). La felicidad consiste en poner en funcionamiento las virtudes de Jesús, que Él generosamente nos ha concedido. Soportarnos unos a otros (Ef. 4:2), equivale a ser feliz, y, además, forma en el creyente su nueva personalidad. Dios nos ha colocado en medio de hermanos. Es una insensatez apartarse del lugar en que Dios nos ha colocado.

En la peluquería también se necesita paciencia, sobre todo si no se es muy charlatán, tanto en la espera de que nos toque el turno como cuando ya nos hacen el servicio. Paciencia, que al final el rostro va a resplandecer.

Cuando se pulen piezas de un material ferroso, salidas del torno, se colocan en un lugar que se llama “bombo” y este empieza a dar vueltas sobre su eje. Hay un ruido bastante regular que es producido por las piezas que dan vueltas unas contra otras, y después salen pulidas y relucientes. Luego ya no hay que hacerlo otra vez, pero ha sido necesario revolverlas juntas. El estar juntos unos con otros nos pule las aristas de nuestro carácter. No hay nada mejor que los hermanos de la congregación para pulir nuestras aristas. Pero una vez hecho el trabajo no hay más necesidad de revolver. Entonces, cada una de las piezas ocupa su lugar en la máquina, generalmente de una manera eficiente y útil.

Dios sabe lo que hace al ponernos juntos. Ni el problema de tener problemas debe ser un problema. Estos forman parte del proceso primario de formación del nuevo carácter en Dios, y no hay que soslayarlo huyendo de la Iglesia y dejando, por lo tanto, de ser discípulo del Señor.

Es desde todo punto de vista incluyente lo que nos dice el evangelio en Juan 13:35: “En esto conocerán que sois mis discípulos si tuviereis amor los unos a los otros”.

El amor nunca busca la separación; y este estado de relación con Cristo, en ninguna manera es individual. Este amor, que es condición para que conozcan al discípulo, se demuestra en la convivencia. Si por alguna circunstancia tiene que haber separación física, ésta será por una intervención soberana de Dios, que unirá más los lazos de amor fraternal con los discípulos que estarán físicamente congregados. Creemos en el amor a la distancia, pero no por comodidad, sino por necesidad circunstancial. Pero entendemos que el amor se practica en la congregación como regla que tiene su excepción en la circunstancia especial que hemos apuntado.

Ser discípulo no es poseer un título, es algo que forma parte de la vida, y cuya función se manifiesta junto a los hermanos. Y no hay otro conjunto de hermanos válido que no sea la Iglesia. Ese conjunto que acompañaba al Señor en su peregrinar por Palestina era la Iglesia, la misma, aun cuando evolucionada, que hoy día está peregrinando aún en esta tierra.

Evidentemente Dios tiene interés en que se conozca que somos sus discípulos. Notemos: “En esto conocerán que sois mis discípulos”. No creó ese discipulado para tenerlo en secreto, aun cuando ha habido discípulos secretos, los cuales no son mencionados en la Biblia para que sigamos su ejemplo. La Iglesia, la máxima congregación de los discípulos del Señor, no está para permanecer escondida, sino que, como una luz que es, estar bien alta para alumbrar a todos los que están en la casa (Mat. 5:15). También es una ciudad asentada sobre un monte (Mar. 5:14), para que la vean desde lejos. Y esta manifestación se logra únicamente por el amor de quienes, congregados como discípulos del Señor, conviven con todas las aristas del carácter que traemos del otro reino, para pulirnos, lo más amablemente posible entre nosotros mismos, bajo la corrección continua del Espíritu Santo, que nos sacará bien pulidos y relucientes, dando la imagen para que todos conozcan que somos discípulos del Señor.

Se puede amar discrepando, se puede convivir dándose un coscorrón de vez en cuando, pero viendo que a medida que pasa el tiempo, ya no hay lugar para la discrepancia, que si estamos congregados, llegaremos todos aun estado de unanimidad que asombrará por lo fresco y espontáneo.

El secreto está en congregarse, en tener comunión. Se incurre en muchas tergiversaciones cuando se está distanciado.

Cuando de parte de Dios sentimos que un grupo de discípulos del Señor que formamos parte de la Iglesia teníamos que formar una comunidad, con la aprobación de la Iglesia fuimos, alrededor de cuarenta personas, a vivir en un campo. La comunidad sigue existiendo después de doce años, con páginas muy elocuentes de lo que es una congregación viviente. Pero al iniciarse en esa experiencia, hubo versiones foráneas de lo más pintorescas y maliciosas, sobre todo muy maliciosas, que daban ganas de rebelarse o de acobardarse ante tanto falso testimonio y acusaciones de que nuestro vivir no era un vivir de acuerdo al camino de Dios. Podemos asegurar, poniendo al Señor de testigo, que Él nos estaba enseñando a vivir una vida de santidad, jamás experimentada. Pero lo que nos interesa de esto es ver la actitud de un pastor experimentado en versiones que no se apoyan en el testimonio visual: vino a preguntarnos qué había de verdad en lo que se decía. Le contestamos con el clásico: “Ven y ve”.

No vino, pero creyó en nuestra palabra. Hasta ese momento no habíamos tenido mucha comunión con ese pastor, a partir de ahí la tuvimos, y pudimos bendecirnos mutuamente. La comunidad, como hemos dicho, sigue funcionando y abierta. Hoy han desaparecido las versiones malintencionadas, porque la gente del pueblo de Dios ya está aprendiendo que el distanciamiento no produce buenos frutos, en cambio la comunión, no solamente aclara las cosas, sino que abre el corazón, y aleja las sombras de las dudas y la maldad.

Dicho sea de paso, es bueno no dejarse llevar por versiones circulantes, que abundan en una Iglesia que todavía no camina en perfección; es bueno ir a la fuente, como ese pastor que vino para sacarse la duda, y confió en nosotros. Aun Pablo tenía confianza en gente como los corintios (2a. Cor. 7:16), si no física, espiritualmente congregado con ellos.

Nos congregamos para amarnos, nos congregamos para tener confianza los unos con los otros, y aun si así fuera necesario, para cubrir nuestros pecados por amor (1a. Pd. 4:8) porque en el amor daremos a conocer que somos discípulos del Señor.

Por eso es necesario anhelar entrar en nuevas relaciones con el Señor, pues éstas, imprescindiblemente nos agrupan, mientras que quedándonos en el estado de hijos, corremos el peligro de querer arreglarnos solos. Si nuestro concepto de hijos es el que campea en los países más avanzados, a los dieciséis años, es decir, ni siquiera en una elemental madurez espiritual, ya buscaríamos la “anhelada” independencia, que es un verdadero espejismo en el camino de Dios. Después de la vuelta del hijo pródigo y de la conversación del padre con el hijo mayor, aquel hogar debió de ser un hogar feliz, viviendo todos juntos.

Aun cuando nuestro propósito va dirigido al culto congregacional, para darle siempre a Dios un culto de mayor gloria, entendemos, además, que todos estos estados de relación con Él son principalmente para darle esa mayor gloria. Por eso dice en Juan 15: “En esto es glorificado mi padre, en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos”. Lo que equivale a decir que el discípulo, además de ser un hombre congregado, es el que trae frutos para Dios.

Siempre hemos tenido tendencia a señalar que el fruto en el camino del creyente son las almas que contribuye a salvar, pero ése no es el fruto al cual se refiere el Señor como condición de ser discípulo. Las palabras siempre son espíritu y vida, y a menos que lo señalara expresamente ese no puede ser tal fruto. Es el del Espíritu el que encontramos indicado y desglosado en Gálatas 5, y el que nombrado a lo largo de toda la Biblia, es el resultado de una vida entregada al Señor. Es también el que se describe en Efesios 5:9; son las virtudes de Cristo que necesariamente anidan en el espíritu del discípulo verdadero, y afloran para la gloria de Dios. No son muchos frutos ni mucha fruta, es mucho fruto, es un producto que tiene en su entereza amor, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza, que no tiene ley, y por lo tanto no tiene medida, que es dado al discípulo en una gran abundancia espiritual, y por lo tanto, ilimitada; es el mucho fruto que honra a Dios. Es el amor que no mengua, la fe imperturbable, el gozo eterno, la paz como un río... Se puede traducir en almas que se salvan, porque esa también es la tarea del discípulo, pero es más que eso, es su ineludible manera de vivir.

Y esto será traído para la gloria de Dios en comunión fraternal, congregado con los condiscípulos en una santa y gozosa convocación permanente.

Ser hijo y ser discípulo ofrece al Señor mayor gloria; pero hay glorias todavía mayores, las que se desprenden de nuevas relaciones con Dios y que llevan a una congregación a estar todavía más estrecha y más unida.

SIERVOS DE DIOS

Por el hecho de que estamos dedicando algunos capítulos a hacer que recapaciten los hermanos que se han des congregado, no quiere decir de ningún modo que hay que detener la actividad evangelística que va dirigida al inconverso. Esto debe continuar, con las motivaciones que hemos señalado. Solamente habría que interrumpirlo, para comenzar de nuevo, si mareados por el éxito o atados por la costumbre, perdiéramos de vista que el motivo principal es darle cada vez mayor gloria al Señor.

Es suficiente todo lo apuntado para darnos cuenta de esta importancia en la motivación. Y seguramente que quienes están congregados de acuerdo con la voluntad de Dios, no necesitan demasiadas exhortaciones para aprender algo que tiene mucho valor, como es entrar en un evangelismo desprovisto de otros móviles que no sean la gloria del Señor. Lo que es más difícil es hacer entender, a los que se han apartado de la Iglesia, la necesidad de que vuelvan para juntos, emprender esa tarea vocacional de predicar el evangelio a toda criatura, y hasta lo último de la tierra. Porque amamos primero a la familia de la fe, es porque nos empeñamos en que atiendan este llamado a volver al seno de la Iglesia.

Y es para esto que seguimos exponiendo esos estados de relación con Dios, que por ignorarlos o por rechazarlos, se encuentran nuestros hermanos des congregados en esta situación lamentable.

Quisiéramos tener mucha gracia en la exposición de estos estados de relación con Dios, pues son de tanta importancia que sin ellos es imposible llegar al último propósito de la voluntad de Dios, que es alcanzar la estatura del Señor Jesucristo. Y por ese camino en el que deambulan nuestros hermanos des congregados no van a llegar sino a un estado de elemental bienestar únicamente al final de sus días en la tierra. Y de lo que se trata es de vivir cada hora, cada minuto, en la plenitud de Dios, para llegar a los días finales sabiendo que se ha hecho simplemente lo que se debía hacer, para estar eternamente en el lugar que Dios, en su beneplácito, nos habrá destinado. Y esto es más que suficiente para aquellos que están insertados en una forma correcta en la Iglesia de Cristo.

Estos estados de relación con Dios se desprenden del hecho de que la cruz no es una meta, sino una puerta que conduce a un camino por el cual transitar hacia la plenitud de vida en Jesucristo. Pero el estímulo para esto no es el estado de relación en sí, ni la bendición que ello significa, sino el pensar que esto también redundará para una mayor gloria de Dios. Una vida en íntima comunión con el Señor ofrece mucha más alabanza y mucha más adoración y servicio que una vida descuidada y conformista. Ese es el objetivo, ésa es también la motivación y el estímulo.

Cuando ponemos estos estados de relación en un orden de acercamiento al Señor, y decimos que el estado de hijo es el estado primario, no quiere decir de ningún modo que ese estado sea el menos importante de los que se mantienen con el Señor, puesto que esa relación de hijos se mantiene, aun cuando no se mantenga ninguna otra relación, ni la de discípulo, siervo, amigo o amado. Además, cada una de esas relaciones en sí misma tiene una importancia única, y el verdadero hombre nuevo, redimido y caminante hacia la plenitud de Cristo, debe transitar y poseer cada una de esas relaciones que tienen valor en su interrelación, pero también cada una en sí misma.

Vayamos pues a ver el estado de relación que sigue después que el Señor nos ha probado como discípulos suyos.

No es el día que se recibe un diploma o una habilitación, es el día en que el Espíritu Santo toca de tal forma la vida, que uno sabe que está desempeñando la función de siervo.

Las cosas del Espíritu son difíciles de enumerar, por cuanto pueden venir todas juntas o por separado, ya que el Espíritu de Dios sopla de donde quiere y uno no sabe de dónde viene ni a donde vaya (Juan .3:8), tal las cosas que dependen de Él. Pero necesariamente, para nuestro entendimiento, tenemos que usar fracciones de tiempo para enumerar y referirnos a ellas.

El siervo eficiente del Señor ejerce su servicio una vez está preparado; pero lo espiritual es que también, sin una determinada preparación, y por lo tanto sin una esperada eficiencia, también se desempeñe como siervo no bien abre los ojos en el reino de Dios, ya que recién convertido puede officiar de sacerdote, ministrando a Dios en un servicio puro, pero que indefectiblemente mejorará en calidad y profesionalidad, (la profesión de la fe), a medida que aprenda en su condición de discípulo.

El servicio que el hijo de Dios desempeña antes de su aprendizaje, es un servicio hacia Dios elemental, hermoso pero elemental, de niño; y todavía le falta experimentar en el servicio a los demás, que lo

desempeñará espiritualmente, a medida que vaya aprendiendo como discípulo. Y esto es importante saberlo, pues si empieza a desempeñarse como siervo de Dios hacia los demás, sin tener la relación de discípulo, no hará otra cosa que un servicio humanista en vez de un servicio espiritual.

El estado de hijo de Dios es de exclusiva dependencia del Señor. Uno es elegido y engendrado sin que medie la voluntad de la carne (Jn. 1:13). La intervención del individuo no puede variar el estado, pero sí la calidad de hijo. Pero en los otros estados de relación, aunque todos dependen del decreto de elección de Dios, el individuo tiene mucho que ver en cuanto a su aceptación, o respuesta afirmativa o negativa para ser discípulo, siervo, amigo o amado del Señor. Vale la pena tener en cuenta, para el caso de que interpongamos rebeldía a la elección que Dios haya hecho de nosotros para llegar a esos estados, que igualmente vamos a llegar, oponiéndonos o rebelándonos, en cuyo caso llegaremos, posiblemente, lastimados y por un proceso difícil y complicado, en el cual se habrán de derramar muchas lágrimas.

Creemos que cuando Dios nos elige como hijos, en esa elección va implícito el llamado a entrar en esas relaciones; y esto es bueno saberlo desde el principio, para ponernos docilmente en las manos del Señor, de ir pasando de un estado a otro, inundados por su soberana y misericordiosa voluntad, que aun cuando esos estados son principalmente para su gloria, tienen la bendición incluida para aquellos que han sido elegidos para tener esa intimidad progresiva con Él. En suma traen el bienestar al alma y al espíritu del convertido.

Es hermoso hacer la voluntad de Dios sin complicaciones, sin que medien protestas o pedido de explicaciones, sin el consabido “¿Por qué, Señor?” que tantos creyentes envían al trono de la gloria o al techo de su casa.

Es por esto que hacemos el llamado a los dispersos de la casa de Israel, porque entendemos que han sido elegidos no solamente como hijos. Nuestro llamado a entrar en esas relaciones necesarias para la plenitud de Jesucristo, obedece a que estamos persuadidos de que Dios, indefectiblemente, se saldrá con la suya, y que esto es un medio, por decirlo de alguna manera, pacífico para que respondan a este llamado que puede llegar a ser no sólo insistente, sino duro.

En estos días estamos viviendo un cuadro trágico en la Iglesia que nos congregamos. Alguien que se conformó con ser hijo y que ahora ha entendido que el llamado traía incluido otros estados de relación, está elevando su voz a Dios de gratitud porque Él le ha salido al paso. Y mientras se revuelve en su lecho de enfermedad gravísima, no cesa de dar gracias a Dios y pedir perdón por haber sido tan torpe en no atender a la soberana voluntad de Dios. Los humanistas llamarán a esto crueldad de un hipotético Dios. Ese hermano, ese creyente, ese hijo de Dios le llama misericordia y compasión de Jesucristo.

Ahora es un discípulo que atiende bien las enseñanzas, un siervo que le ministra a Él y a un prójimo que es bendecido por sus palabras y por su testimonio de gratitud, un amigo de Dios y un amado, pues conoce como nunca la intimidad del Señor.

Si el discípulo del Señor es un creyente que permanece en la congregación y escucha, junto con sus compañeros y hermanos, las enseñanzas del maestro que son impartidas a su vez por los ministros que ejercen esa función de enseñar, un siervo no se concibe tampoco ejerciendo su ministerio en soledad. Cuando hablamos de siervo ya estamos pensando en un Señor y en una casa. Y lo señala así el propio Señor Jesús en Lc. 12:42 cuando dice: “¿Quién es el mayordomo fiel y prudente que el Señor pondrá sobre su casa para que a su tiempo les de su ración?”.

Las dos facetas del servicio se tienen que contemplar, el servicio es primeramente, como siempre, al Señor, en ese ofrecimiento que encontramos en Ezequiel 44:15 donde se ordena que los sacerdotes se han de acercar a Él para ofrecerle la grosura y la sangre.

En ese capítulo 44 de Ezequiel vemos dos clases de servidores, una de las cuales es desechada por el Señor, para la cual no hay llamado de Dios, es un oficio que está impuesto por Dios como castigo a aquellos que se han apartado, que han ido tras los ídolos y las abominaciones, que entendemos que no es el caso que nos ocupa.

Lo que nos interesa de ese capítulo de las Escrituras es saber que un servicio a la Iglesia que no incluye un servicio a Dios, nunca llegará a entrar en la intimidad del Señor. Y es desesperante ver cuántos siervos creyentes hay, que jamás han tenido un amoroso encuentro con el Señor Jesús, y que militan en cargos de la Iglesia. Una de las faltas en que habían incurrido los castigados a no entrar en la presencia de Dios, es que habían llenado la Iglesia de extranjeros (Ez. 44:6-14). Cuando se entra en el servicio de la Iglesia sin pasar por el servicio de la adoración a Dios, se incorporan prácticas extrañas y gente extraña que muy pronto desdibujarán totalmente la fisonomía santa y espiritual de la casa de Dios, incluyendo mandamientos de hombres que después, con los años, desembocan en tradiciones contra las cuales clama el propio Señor Jesús (Mat. 15: 16).

No se nos escapa que no estamos haciendo un estudio sobre el discipulado ni el servicio, ni de ningún otro estado de relación con el Señor. Solamente tratamos de encender una luz para que estas relaciones se vean como la necesidad de poseerlas para alcanzar con ellas la perfecta comunión con Dios y la incorporación en la Iglesia, tal como conviene, para una mayor gloria al que es digno de recibirla. Porque de otra manera se estaría en la Iglesia de una forma incorrecta.

Cuando uno ha llegado a siervo del Señor tiene forzosamente que pensar en estas dos facetas de servicio, sin embargo aún habrá una distancia considerable hasta llegar a integrarse en la plenitud de su persona. Es también motivo de tristeza pensar que a una simple oración, o a una determinada reunión se las pueda considerar momentos de adoración a Dios. Si el ofrecer la grosura y la sangre, que nos habla de un acercamiento a su persona en un reconocimiento de su señorío y santidad, no es todavía el acercamiento de un amigo o de un amado, sino simplemente de un siervo, es imposible conformarse en la rutina de una oración, o el despliegue determinado de una reunión, donde nada vibra ni se enciende, y no pasa de ser un rito frío que conforma solamente a quienes no aspiran a más.

El servicio al Señor tiene su término cuando el Espíritu señala de una manera inequívoca que los creyentes espirituales conocen, el momento cuando Dios dice estar satisfecho. Y no nos referimos a un culto irracional, sino a un culto controlado, pero ferviente, donde la presencia de Dios se hace sentir. Algunos piensan que el control de un culto que ofrecen al Señor debe ser la quietud de los miedosos o de los indiferentes. El control se ejerce cuando las cosas están en movimiento. Cuando se controla el vuelo de los aviones, es porque estos vuelan; no se necesita ningún control cuando todos están parados. Ofrecer un servicio al Señor es exaltarle hasta lo sumo, controlando, aquellos que entienden las cosas del Espíritu, no los que no entienden, la marcha de la adoración, de la alabanza, de la profecía, en fin, del servicio que se le está ofreciendo al Señor.

Y todo esto tiene que ser hecho en la casa. El siervo fiel y prudente es el que está sobre la casa. Es la figura del siervo encarnada en la persona del Señor Jesús, que como cabeza está incorporado a la Iglesia, y es con ella una sola cosa.

No existe conflicto entre Cristo y la Iglesia, ésta ha sido formada para estar unida a Él. Por lo tanto no debemos inventar un conflicto nosotros, un conflicto que no existe. Como siervos del Señor le ministramos a Él primeramente, y luego a los que están en la casa porque los siervos del Señor están sobre la casa, es decir tienen los pies metidos en ella, y la casa es el motivo de sus desvelos, tal lo que experimentaba el apóstol Pablo cuando decía: "lo que más se agolpa en mí es la preocupación por todas las Iglesias" (2a. Cor. 11:28). Era un buen siervo de Dios que sabía de las exaltaciones del tercer cielo (2a. Cor. 12:2), y por eso estaba plenamente congregado en la Iglesia; no se movía caprichosamente (Heb. 13:1-3); y batallaba para que hubiera una buena amalgama entre aquellos que, decididamente, tenían que congregarse. (1a. Cor. 1:10).

Quizás la parte más elocuente en cuanto al argumento de la función en la congregación, es la figura del siervo por amor (Ex 21). Porque este siervo ama a su Señor no quiere salir libre de su casa. Pero también ama a su mujer y a sus hijos, a los que están en la casa. No los quiere llevar deambulando por cualquier parte, no quiere usar esa engañosa libertad, por cuanto más que la libertad de moverse es el amor a Dios, nuestro dueño.

Entendemos que el esclavo por amor priva un criterio espiritual muy maduro, que algunos en nuestro días no han atinado a ver. Por encima de todo ama a su Señor, y en esto tenemos que ver la base de su decisión de no irse de la casa. Hay que desconfiar del genuino amor a Dios de quienes no tienen reparo en irse de la Iglesia.

El otro valor que juega en la decisión de no salir, es la familia. Él sabe que no puede ejercer una dedicación completa a su familia, por cuanto está al servicio del Señor, y este puede requerirlo en cualquier momento. Pero el esclavo, el siervo, prefiere esta contingencia antes que estar lejos de él y de la casa. Y esto lo hace porque ama a su mujer y a sus hijos, no los quiere dejar sin la presencia del dueño y sin el techo que los cubre. Amar a la familia es tenerla metida bien dentro de la Iglesia. Hay una tendencia actualmente que proclama la suspensión de reuniones en favor de la atención de la familia. Y ya hay Iglesias que se reúnen solamente una vez a la semana, y si lo hacen por la mañana no lo hacen por la tarde. Esto no es amar más a la mujer y a los hijos. Un siervo de Dios no quiere salir de la casa, prefiere estar metido en ella, con la familia incluida, para su propia protección. Pero para eso se requiere un tal amor a Dios, que uno se deje agujerear la oreja de modo de quedar identificado toda la vida como siervo de Dios. Sin embargo, si las reuniones de la Iglesia no son otra cosa que reuniones para saludarse los concurrentes, sí que seguramente habrá suficiente con que lo hagan una vez a la semana, o quizás una

vez por mes. Pero no se salva a la familia de esta manera. Nos queremos referir a una familia en Dios, donde mujer e hijos también son siervos en la casa y que, como el padre, también aman a su dueño. Debemos estar en la Iglesia para vernos y saludarnos, como segunda prioridad de algo sublime y principal, que es darle culto al Señor, alabándole con todo nuestro corazón. Así se manifiesta su presencia, y cuando la presencia de Dios se hace ver, el padre, la madre y los hijos, ninguno de ellos querrá salirse jamás de la casa. Se acabaron los complejos, porque encontraron en un Dios vivo toda la realización de sus inquietudes.

El siervo de Dios, pues, así como el discípulo también está integrado en la congregación, aun cuando haya que salir hasta lo último de la tierra para predicar que el reino en el cual se está inserto ya ha llegado.

AMIGOS DEL SEÑOR JESÚS

No estarían ni un minuto más sin el abrigo de la Iglesia, si supieran, los que están así, cómo uno se siente gozando de estas relaciones con Dios a que nos estamos refiriendo. Los inconvenientes necesarios que trae consigo la comunión no son de comparar con la dicha que se experimenta siendo un hijo de Dios que está en la casa del Padre, un discípulo que permanece en su lugar, en un colegio de discípulos, un siervo que tiene el cuidado del Señor y de la casa, que está desempeñando su cometido, al que ha sido invitado por el Señor, en la manera correcta en que se tiene que desempeñar. Hay quienes dicen ser discípulos y no lo son, hay quienes dicen ser siervos y tampoco lo son, porque han tomado aisladamente para sí algo que no corresponde tocar sino en comunidad.

Esa fue la intención de Dios al establecer esas relaciones, que se hacen más compartidas a medida que se entra en estados de mayor intimidad. Y si ya es estar cerca de Él siendo discípulo y siervo, en los dos siguientes estados de relación esta cercanía se pronuncia y se protege al mismo tiempo con la comunión de los hermanos, que evita situaciones de privilegio que perjudican hasta a los más espirituales. No hay que olvidar nunca la caída de Satanás (Ez. 28:1-19) ni la advertencia de Pablo: “El que piensa estar firme mire no caiga” (1a. Cor. 10:12). Los hermanos siempre están puestos al lado para protegernos de enemigos que ignoramos, y que pueden sorprendernos aun en los momentos más sublimados de nuestra relación con el Señor.

Y decimos todo esto porque estamos llegando a una posición muy íntima en nuestro contacto con Él.

No necesitamos, después de lo dicho, ningún argumento particular para señalar que la relación de amigo también es evidencia de una integración total a la Iglesia.

En Jn. 15:14 leemos: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando”. Y entre tantas cosas que Él nos manda, siempre hay dos que se complementan en una: unión con Él y nuestra unión unos con otros (Jn. 17:21).

Y por si cupiera alguna duda, en el final de su pensamiento, cuando les está diciendo que son sus amigos si hacen lo que les manda, confirma nuestra aseveración terminando: “Y esto os mando: que os améis los unos a los otros” (Jn. 15:12), sentencia que afirma la aclaración de que el deseo de Dios no es que nos encuentre desparramados y deambulando sin rumbo, sino firmes y unidos, aunque las circunstancias físicas a veces nos tengan alejados.

Si no estamos congregados somos hijos de Dios, pero Él no nos considera sus amigos. Y es muy hermoso poder llegar a ser amigos del propio padre. Y como en el reino de Dios no hay términos medios, o se está dentro o se está fuera, si no se recoje se desparrama (Luc. 11:13). Es sin duda normal decir que si no se es amigo de Dios, se es enemigo. En realidad quien no está congregado, como Dios manda, no está haciendo nada en favor de la obra del Señor. No son sus amigos, y “el que no es conmigo contra mí es” (Luc. 11:23). Sin embargo la actitud del Señor nunca fue beligerante cuando se trataba de seres humanos, y estuvo esperando el momento de ser levantado de la tierra para atraer a todos a sí mismo (Jn. 12:32), por eso señalamos el acercarse a Él como el modo eficaz de estar metido, como Él desea, en la Iglesia del Señor.

Nos conviene señalar la persona del Señor Jesús en su más alta manifestación de amor: levantado de la tierra, crucificado en la cruz, para que los hermanos que viven fuera de la casa vuelvan a ella, atraídos por el amor del Señor, y dejen de ser enemigos de Dios. Ninguno de aquellos o pocos por lo menos, de los que no están en la casa del Padre admiten su enemistad con Dios; pero esta sería reflexión que acabamos de hacer tiene, necesariamente, que traerles luz acerca de su condición de enemigos de Dios. El Señor vino a formar un pueblo, sus amigos están entre ese pueblo; quien no está en el pueblo, no es amigo de Dios.

Hay una actitud benevolente de parte de Dios para aquellos que echan fuera demonios en su nombre, y no están congregados en la Iglesia del Señor (Marc. 9:39), la actitud benevolente es: “no se lo prohibáis”, “que lo sigan haciendo” esto significa. Pero si han de dejarnos elegir, yo prefiero estar al lado de Jesús con mis condiscípulos y compañeros de camino y de la congregación. Es demasiado serio seguir estando alejado de la congregación. Está demasiado cerca de ellos aquel texto, que sin querer aplicarlo a los mismos ha de solemnizar sus pensamientos y los ha de hacer reflexionar en su actitud: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros habrían permanecido con nosotros” (1a. Jn. 2:19).

La verdad de los motivos por los cuales no se quiere estar en la congregación, junto con un montón de otros argumentos, es que no se quiere estar a la orden de nadie, pasando por alto la exhortación que nos recomienda estar sujetos los unos a los otros (1a. Ped. 5:5). La falta de lo esencial para la vida cristiana, que es la humildad y la mansedumbre que el Señor nos señala que tenemos que aprender de Él (Mat. 11:29), es la causa principal de ese alejamiento, porque esas relaciones que venimos señalando, cuando son verdaderamente en el Espíritu, producen la humildad que se necesita para permanecer al lado de los hermanos, que no siempre son tan buenos y soportables.

Y esa amistad con Dios en la persona del Señor Jesús hace que se produzca la amistad con los que nos rodean, porque siempre lo que empieza con Dios repercute con el prójimo. Juan señala que es imposible que suceda de otro modo cuando dice: “El que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿Cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1a. Jn. 4:20); y el amor y la amistad se ven; y se cultivan cuando se está cerca, no cuando se está lejos.

La prueba de esa amistad que empieza con Dios, y sigue con los hermanos, es aquella que se dispone a ejecutar órdenes y no a recibir favores. Así la planteó el Señor a sus discípulos. Y así debemos aceptarla como venida de Dios. Es el mismo principio de la sujeción unos a otros que se basa en la amistad que nos dispone a estar al servicio de los amigos, y no esperar de ellos que nos favorezcan a nosotros. Ninguno está autorizado a tomar el lugar de soberanía de Dios, sino el lugar de siervo humillado hasta la muerte que tomó el Señor Jesús.

Esa autoridad la podemos tomar frente a los enemigo espirituales, que, en los aires, tratan de obstaculizar la obra de Dios; pero nunca debemos tomar la autoridad de Dios para exigir un servicio de los hermanos; hay cosas que ha realizado el Señor Jesús que son prerrogativas de Él solamente, tales como recibir adoración, ponerse por encima de Jonás y Salomón, declararse Señor del sábado, y esta que nos ocupa, exigir y dar órdenes en nombre de la amistad. Nuestra imitación de esto es brindar, en esa amistad, nuestra obediencia, tanto a Dios como a aquellos de quienes somos amigos. De esta manera se terminan los abusos que en nombre de la amistad se hacen, si se entiende que se es amigo para obedecer y no para exigir.

Una de las cosas que nos ayudan mucho para convivir en las comunidades que están funcionando, es el dicho que hacemos circular entre nosotros: “Lo mío es tuyo y lo tuyo es tuyo”. No hay ningún error de imprenta, sí, ha leído bien. Parecerá que lo lógico es que si lo mío es tuyo, lo tuyo sea mío. Pero esto es un concepto egoísta de la amistad. La amistad, como el amor, siempre se brinda sin necesidad de recibir la reciprocidad.

Si en algún momento esto da lugar a exigencias caprichosas por parte de los “vivos”, que se quieren aprovechar de los deseos de caminar bien que tienen los buenos amigos de Dios, es cuestión de seguir la segunda milla, si es necesario, y de entregarle también la capa; pasar por tonto a veces es una humillación necesaria. Pero no nos preocupamos demasiado por eso; lo que edifica es estar al servicio en bien de la amistad con el Señor y con los hombres; en esto tenemos que salir aprobados. Dios se encarga de aquellos que se exceden y que son de tropiezo, cosa que es necesaria, pero seguramente estará siempre el perdón para aquellos que no saben lo que hacen (Luc. 23:34).

Una amistad cuyo objetivo es obedecer los mandatos de Dios trae, como no, su recompensa como añadidura, la cual no hay que ir a buscar, pues ésta siempre viene.

Cuando el Señor mismo indica que busquemos el reino de Dios y su justicia, no nos ordena buscar las demás cosas, sino que nos dice que estas vendrán consiguientemente (Mat. 6:33).

Y esta añadidura o recompensa es la revelación de sus propósitos. “Ya no os llamaré siervos porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, pero os he llamado amigos, y os he dado a conocer todas las cosas que he oído de mi Padre” (Jn. 15:15).

No podemos confiar en la revelación de hombres o mujeres que andan sueltos. Ya hemos visto que no son amigos de Dios, por lo tanto no tienen la revelación de Jesús. Esta revelación siempre parte de aquellos que están en la Iglesia, amistados con el Señor y con los creyentes, fogueados de ejecutar órdenes que parten de lo Alto, y aun caprichos, alguna vez, de hermanos que no tienen luz; pero esto se va arreglando a medida que se camina, pues sólo congregados recibimos, por la amistad, la revelación que nos hace falta y que el Señor Jesús nos brinda, porque a Él se lo ha revelado el Padre.

Sin la revelación de Dios pocas cosas se pueden hacer en su reino. Ni siquiera podemos interpretar correctamente la Escritura, aun proveyéndonos de las ayudas hermenéuticas más avanzadas. Ni podemos llegar al corazón del pecador con el mensaje de vida si éste no ha sido previamente revelado. Ni podemos edificar la Iglesia con profecía, pues ésta solo existe con la revelación de Dios. Es pues la amistad con el Señor Jesús, la garantía de un ministerio fructífero. Si hasta ahora solamente hemos sido hijos, deberemos

ser discípulos, para después ser siervos y llegar a ser amigos del Señor, sabiendo que todo parte de su soberana elección.

Bienaventurado aquel que no necesita un proceso demasiado largo para entrar en estas relaciones con Dios.

Y dichoso si, con todo lo que queda dicho, prepara el corazón para responder al llamado que, seguramente, Dios estará haciendo a cada uno que entiende lo que lee, y puede entrar rápidamente a participar de esos estados de relación que le acercan más y más a Él.

Una Iglesia en la que los hermanos son todos amigos, porque esta amistad parte de Dios, será una Iglesia que tendrá pocos problemas de relación fraternal. Y esto es lo que se debe anhelar; que así como el Señor nos brinda su amistad, nosotros brindarla a los demás. La amistad respeta a los demás, y el respeto a los demás es el principio de la armonía, y la armonía, ya lo dice la Escritura, es buena y deliciosa (Sal. 133).

“En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia” (Prov. 17:17). “El hombre que tiene amigos, ha de mostrarse amigo; y amigo hay más unido que un hermano” (Prov. 18:24).

Tratemos de conocer a los hermanos que concurren a la Iglesia, brindemos nuestra amistad. Y estemos seguros de que esto ha empezado primero en nuestra relación con Dios, de lo contrario, otra vez el sentimiento humanístico desdibujará algo tan santo y delicado como es una amistad en el Espíritu. Por razón de su soberanía, todo comienza en Él, y luego Él derrama de lo suyo, hasta que sobreabunde.

Por supuesto que entrar en esta relación, volvemos a decir, parte de la elección de Dios, y nos la apropiamos, no por ningún mérito, sino por esa bendita y sencilla fe que Dios ha depositado en nosotros. Como lo hizo con Abraham. Creyó, y por creer fue llamado amigo de Dios (San. 2:23).

Esa amistad con el Señor Jesús, cumpliendo sus mandatos, quizás nos lleva a actos semejantes al que fue llevado Abraham, quien cuando tenía el cuchillo en la garganta de su hijo, y cuando subía la montaña, y cuando Isaac le preguntó por la víctima, él sabía lo que realmente contestó: “Jehová proveerá de cordero para el holocausto”. Era amigo de Dios, y Él ya le había revelado todo lo que iría a suceder. La fe de los amigos de Dios es una fe, como es la fe, reveladora, trae consigo la revelación, y por eso se va confiado hasta el final del camino.

Al principio Abraham no había entrado aún en esa amistad con Dios. Por eso salió sin saber a dónde iba (Heb. 11:8). Ahí Dios le brindó su amistad. A partir de aquel momento Abraham no irá más a tientas, sino que sabrá siempre la voluntad de Dios, aunque tambaleó algunas veces: Pablo nos dice que se fue fortaleciendo en fe dando gloria a Dios (Rom. 4:20). Y culminó en ese acto de obediencia suprema, pero también de suprema revelación.

Era demasiado solemne el momento para mentir, y cuando dijo: “Dios se proveerá de cordero” (Gén. 22:8), es porque la fe en su amistad con Dios le había revelado que, momentos más tarde, Dios diría: “No extiendas tu mano sobre el muchacho” (Gén. 22:11), y más tarde aún, el balido de un carnero trabado en un zarzal (Gén. 23:13), sería la prueba de esa amistad que trae como añadidura, revelación. De lo contrario, como nos dice en Heb. 11, si hubiera tenido que llegar hasta el final, Dios lo hubiera levantado de los muertos. Y esto también le hubiera sido revelado. ¡Volved a la casa aquellos que os habéis ido! Porque estas páginas tan bellas que se han escrito en la Biblia y que siguen fuera de ella, y que Dios quiere seguir escribiendo, se realizan dentro del reino de Dios, allí donde se glorifica su nombre por excelencia, al lugar que, hoy como ayer, los Ezequías están llamando para que, como sacerdotes, os santifiquéis, y juntos salgamos hasta lo último de la tierra a buscar a estos que Dios tiene señalados, para traerlos también a la casa a darle ese culto de mayor gloria.

Nos falta considerar la relación de amados; pero todavía podemos gozarnos en ver que, siendo amigos de Dios, hemos llegado a un punto necesario para después poder entrar en esa otra relación que sin la amistad, el servicio y el discipulado ofrecerá serias dificultades, ya que a mayor cercanía de Dios, mayor sutileza del enemigo.

Es pues necesario pasar por todos estos estados de relación, y vivir intensamente cada uno de ellos.

AMADOS DE CRISTO

El estado de relación más alto que encontramos en la Escritura con respecto al Señor, es el que se refleja en Efesios 5, cuando se establece la analogía de Cristo y la Iglesia con el estado conyugal. Toda relación con Dios es sublime por ser Él quien es, pero esta relación sobrepasa a todas las demás, porque es la relación del amor por excelencia. No hay amor más espiritual, en la Biblia y en la vida que el amor entre marido y mujer.

En el Cantar de los Cantares, muy por encima de otros libros está expresado este amor, pero dejando transcurrir todos los libros que le siguen, se llega a la carta a los Efesios, en el capítulo a que nos hemos referido, y se sublima ese amor conyugal al compararlo a la entrega de Cristo por su Iglesia. No puede haber nada más espiritual que esta semblanza sin dejar pasar por alto todo el drama de la Escritura entre Dios y su pueblo, que se describe como un largo episodio de amor y de celos, que culminará en el día glorioso de las bodas del Cordero en la esfera de la eternidad (Ap. 19:7).

Ese estado de relación que hemos denominado: “amados de Cristo”, en el aspecto a que nos acabamos de referir, no lo encontramos en la Escritura refiriéndose Dios al individuo. La denominación de discípulo amado (Jn. 19:23) no tiene esa connotación, sino el amor que puede tener un maestro o un padre. Pero cuando el Señor se refiere a su pueblo lo llama “amada” (Rom. 9:25, comp. Oseas 2:23) y en esa forma de nombrarlo, está representando al pueblo, no al individuo personal y solitario, sino a la congregación, como la esposa en el drama que Oseas nos relata, que es de índole conyugal.

Es quizás ésta la exposición más clara que encontramos en la Biblia, para darnos cuenta de que este estado de relación, el más alto y sublime, no es para aquellos que están solos, sino para los que tienen un buen concepto formado de la Iglesia, y viven identificados con ella; y de esa manera tienen el camino expedito para llegar a la última intimidad e identificación con Cristo.

Podría haber sido bueno titular este capítulo “Esposa de Cristo”: pero la denominación de “amado” está en el espíritu de la letra, y sirve para enfatizar, con su ausencia de las Escrituras en el sentido conyugal, la fuerza de la argumentación para sacar toda duda en cuanto a la imposibilidad de poder llegar a la intimidad de Cristo, sin la identidad congregacional. Un creyente en Cristo siempre será un amado en el real sentido paternal: pero nunca será un amado en el aspecto conyugal; necesariamente se tiene que transformar en “amada” o en “esposa”, o en “paloma”, o en “perfecta”, para tomar toda la identidad de Iglesia, y entrar en ese nivel de relación amante que le incluirá en el día de las bodas que Cristo Jesús celebrará con toda su Iglesia, es decir, con aquellos que no se han alejado de ella.

¿Cuál será pues el lugar y la condición de aquellos, que en ese momento culminante del drama que se describe en la Biblia, permanecerán todavía des congregados?

Mejor no pensar en eso. Pensamos que Dios dará la oportunidad a todos para volver a la Iglesia, y que todos recibirán la inspiración para volver. Si así no fuera, serían solamente hijos, pero jamás discípulos, siervos, amigos y esposa. De veras debe ser muy triste conformarse con el estado primitivo de hijos de Dios.

No especulemos con las migajas. Hay un cofre repleto de piedras preciosas para anhelar poseer como congregación:

“He aquí que tu eres hermosa, amiga mía” (Can. 1:15); “Paloma mía que estás en los agujeros de la peña” (2:14); “He aquí que tu eres hermosa amiga mía” (4: 14); “ven conmigo desde el Líbano, esposa mía” (4:8); “prendiste mi corazón, hermana, esposa mía” (4:9); “cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía” (4:10); “ábreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía” (5:1).

Son palabras dichas a la Iglesia amada, a las que el creyente recoge como suyas, y las puede disfrutar únicamente en compañía de sus hermanos.

Hay una fuerte oposición del enemigo cuando se llega a los umbrales de este estado de relación con el Señor. El diablo no ha podido impedir llegar hasta este nivel al creyente identificado con la Iglesia, y lo va a intentar ahora, con todas sus fuerzas, de una manera muy sutil.

Y aquí es donde su disfraz de ángel de luz se hace más irreconocible, pues con su cometido de engañar, si puede y se le da lugar, el creyente no precavido puede entrar en una de las falsedades más lamentables de toda la carrera cristiana: entrar como individuo a un lugar al que sólo se puede entrar como congregación. Si no se puede entrar sino como congregación, vale decir que la entrada como individuo es completamente falsa, y en vez de estar en el Lugar Santísimo de la presencia íntima con Dios, en vez de

penetrar en la cámara nupcial con el derecho de esposa, se habrá entrado en un lugar espiritual que no tiene nada que ver con Dios, y si que es dominio del enemigo.

Con esto no estamos invalidando la oración individual en la cámara secreta. De ninguna manera queremos decir que no debe el creyente apartar un tiempo para estar a solas con el Señor. Hay momentos de recogimiento con ÉL, que no son solamente lícitos, sino indispensables, y se reflejan bien en el rostro de los creyentes cuando esa comunión íntima con Él es una relación continuada. Pero haremos bien en señalar que no se debe dejar a la Iglesia fuera. El sacerdote al entrar en el Lugar Santísimo, aun al hacerlo solo, estaba representando al pueblo que estaba, a su vez, expectante del resultado de aquella relación particular del sacerdote con Dios (Os. 4:9). Cuando las mujeres adoraron y ungieron al Señor, todo esto era hecho en público, (Jn. 12:1-8; Luc. 7:36-50).

Al intentar entrar solo a ese lugar de relación con Dios a que nos estamos refiriendo, sin estar identificado con la totalidad del cuerpo, se entra en un lugar similar dominado por el enemigo; pues ese individualismo procura gloria para uno mismo, que no la da Dios, sino Satanás. Y la explicación de esto la encontramos en grandes ministros del Señor que han llegado a niveles muy altos de relación, pero al descuidar su identidad congregacional se han vuelto vanidosos, hasta tal punto, que han tomado el lugar de Dios, en algunos casos, y todo lo bueno que habían realizado hasta ese momento se ha visto arruinado por la usurpación que han hecho de ese lugar, que no es para el individuo, sino para la esposa de Cristo.

Mucho es lo que de vez en cuando se escucha, que asombra no sólo a los creyentes, sino al mundo entero por el testimonio nefasto de personajes, ex ministros del evangelio, que caen estrepitosamente infatuados por Satanás, quien les hace creer que asumen una representación individual y exclusiva de Cristo, y forman la lista que describe Juan de los muchos anticristos que ya hay en el mundo (1a. Jn. 2:18). No decimos que esto no obedezca a otros factores además del que nos ocupa. Pero estamos tratando este factor, y por lo tanto vamos a exhortar con intensidad, que al llegar a este nivel del Espíritu se identifique uno totalmente con la Iglesia, pues de lo contrario se está exponiendo a ese peligro de trágico fin.

Simón el mago era un creyente que, por lo poco que conocemos de él, quería las cosas de Dios para un beneficio propio e individual. Y esto es calificado como estar en “prisión de maldad” (Hech. 8:23). No es nuestro propósito abrir una discusión al margen del tema que nos ocupa en este capítulo, acerca de si es posible que un creyente pueda llegar a tales extremos. La advertencia de Pablo a la que ya nos hemos referido, de que el que piensa estar firme mire no caiga (1a. Cor. 10:12), tiene mucho que ver con lo que estamos diciendo. Por otra parte los ataques de Satanás son más fuertes, cuanto mayor es la altura espiritual que alcanzamos. Y la vigilancia acerca de nuestra salvación, siempre será con temor y temblor (Fil. 2:12).

Es hermoso poder entrar en la presencia de Dios, y coloquiar con Él de la misma manera que El Espíritu nos describe en los capítulos 6, 7 y 8 de Cantares.

No sólo es hermoso sino conveniente, y hacia eso debe ser enfocada la vida del creyente que posee no sólo vida, sino vida abundante (Jn. 10:10), lo cual es el propósito de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Y queremos animar a nuestros hermanos a que procuren llegar hasta ahí. Es por eso que hacemos la advertencia, tan seria y solemne, de no dejar ni en espíritu ni en verdad la identificación con la Iglesia. Ese lugar de gran intimidad, donde el esposo alaba a la esposa, cosa nada frecuente en la Escritura con respecto a la relación de Dios con sus hijos, aún cuando en otros lugares también el Señor habla en tono superlativo de las virtudes que los creyentes adquirimos en Cristo (Mar. 5:13-14; Mal. 3:17), y por su gracia. Es el lugar donde se juntan dos extremos: la santidad en alto grado y la posibilidad del engreimiento.

Es demasiado íntimo el diálogo entre el esposo y la esposa como para que sea accesible a otro que no sea la esposa. Y la esposa siempre es la Iglesia, la congregación.

El Señor no tendría esa intimidad con nadie más que con ella. Es inútil pues pretender tener la última revelación de los secretos de Dios, de la cual nos ha hecho administradores (1a. Cor. 4:1), si no llegamos a esa intimidad, que es la plena, íntima y total identificación con Cristo.

Abogamos por una Iglesia en plenitud de vida y relación con su amado Señor, lo cual quiere decir: una Iglesia completa y compenetrada de su función. El Señor quiere creyentes que le conozcan íntimamente, que a su anhelante amor y deseo de estar en su íntima presencia, unan el amor y la unión con sus hermanos, la única manera de vivir el amor de Dios.

Develemos el misterio a vidas usadas espiritualmente.

No hay conocimientos de Dios sin identificación con los hermanos, que equivale a lo que Juan nos dice, y que se debe repetir todo aquel que desea, en lícito derecho, entrar en los niveles más altos del Espíritu:

“Quien ame a Dios, ame también a su hermano” (1a. Jn. 4:21). Y éste es el cometido de la Iglesia, una Iglesia que quizás tiene muy poco que ver con lo que ahora estamos viviendo, pero que logrará, indefectiblemente, una veraz relación con el Señor y con los hombres.

Creemos oportuno anotar los versos que una Iglesia, la Iglesia, inspira en el corazón de quienes nunca quieren separarse de ella. Y proponemos leer con oración el presente poema:

— ELLA —

Se llama esposa, cuerpo,
templo, ciudad santa;
se llama cada nombre
que Dios ama.
Se llama Iglesia del Dios
vivo y verdadero,
es la amada de Cristo,
es, con Jesús, el cielo.
Es la niña de su ojo,
es la elegida,
es la mujer, la virgen
y, con Cristo, la vida.
Las puertas del infierno
nunca se le resisten,
es la que ataca y lucha,
la que, con fuerza, embiste.
Sin El no es nada,
con Jesús es todo;
fue comprada con sangre
y sacada del lodo.
Es, en fin, la que implora,
la que intercede y llora,
la asentada en un monte,
la que a Jesús adora.
Es la que los embates
del mal no le hacen mella,
es la Iglesia de Cristo,
de nadie más. Es ella.

Vale la pena que vuelvan a la Iglesia aquellos que un día salieron para hacer su propia obra.

PARA TERMINAR

Primero las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. 10:6). Después irnos a los gentiles (Hech. 13:46), tanto si vuelven al hogar los que se han ido, como si persisten en quedar deambulando atentos a sus personales objetivos.

Tanto si vuelven como si no, la Iglesia seguirá su curso de gloria y de grandeza. Y el Señor se la presentará a sí mismo, tal como lo tiene establecido (Ef. 5:27). No es nuestra pertinaz posición la que alterará los últimos propósitos de Dios. Pero hemos escrito todo esto, porque entendemos el bienestar que reporta una vida dócil a las indicaciones del Señor.

Es bueno lanzarse a la predicación del evangelio en busca de los elegidos de Dios que todavía no han experimentado su primer encuentro con Cristo. Pero no dejemos, como cosa inútil, a aquellos que ya entraron en el reino y volvieron a salir. Sólo su empecinamiento en estar lejos es lo que nos dará la libertad para emprender una predicación que no conlleve cargos de conciencia. El amor a los hermanos nos debe hacer agotar todas las instancias para lograr que haya un solo rebaño y un pastor (Jn. 10:16). Ellos, no pueden ni deben quedar excluidos. Ellos son los sacerdotes que faltaban para ese culto que Ezequías estaba preparando (2a. Crón. 30), y que se hace necesario en los días que estamos viviendo.

Entendemos la urgencia en que nos movemos, de salir a llenar todo del evangelio de Cristo. Hagámoslo rápida y fervientemente, pero no nos atolondremos dejando por un lado una tarea inconclusa, y por el otro lado, poniendo nuestra mirada en el por qué de la predicación del evangelio.

Y aquí ya debemos entrar en la conclusión de todo lo que hemos dicho. El evangelio que el Señor nos manda predicar está centrado en su persona, y no en el hombre.

Es en primer lugar para su gloria, después está el beneficio para la raza humana que, a su vez, da también la gloria a Dios.

Es sorprendente cómo se ha humanizado lo espiritual.

Sin embargo, no nos sorprende que quienes no tienen nada que ver con el reino de Dios, centralicen todo en el ser humano, al que paradójicamente crucifican, y se traduce en guerras y contiendas y matanzas y persecuciones ese círculo alrededor del hombre. A lo más alto que alcanza esa posición, es a amar a los demás como a uno mismo.

Algunos, aun atribuyen al Señor Jesús las palabras de amor al prójimo como a sí mismo; pero en realidad no fue el Señor quien dijo originalmente esas palabras; eso fue una repetición del concepto de la antigua ley, lo que Él vino a establecer iba bastante más allá. Lo que Él dijo fue que los hombres se amaran como Él los había amado (Jn. 15:12). Y Él les amó de tal manera que entregó su vida (Jn. 3:16), se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y se fue a la cruz (Fil. 2:7-8).

De ninguna manera centralizando nuestro enfoque en el hombre llegaremos a amarlo como Dios le ama. No se ama al hombre amando al hombre: se ama al hombre, amando y honrando a Dios. Por lo tanto, si el centro de nuestra predicación es la gloria del Señor, establecer por fin ese culto congregacional que nos lleva de gloria en gloria, al dársela toda a Él, el amor por las almas, que siempre proclamamos como acicate para la predicación del evangelio, será real y verdadero, es decir, lo que tiene que ser: un amor en el Espíritu.

El amor al prójimo como a uno mismo nos pondrá en la disyuntiva, alguna vez, de perder en beneficio de otro, y eso se resolverá negándose cada uno a sí mismo, cosa que el amor de Jesús no titubea en ser Él mismo el que pierda, con tal que el otro se salve.

A tal punto llega la predicación del evangelio, centrándose en Dios, que Pablo llega a preferir ser anatema, apartado de Cristo, con tal que se salven sus hermanos según la carne (Rom. 9:3). Este es el espíritu del evangelio: amar como Jesús ama.

Es por esto que decimos que es hora de encontrar la gran motivación para poner en marcha el gran plan de la evangelización final, para dar lugar a que el Señor vuelva triunfante. (Mat. 24:14).

Y esta motivación es salvar a las almas, para que aquí, en esta tierra, comiencen, congregados, a darle culto al Señor para no terminar jamás, ni ahora ni por la eternidad.

Por la eternidad se habrán terminado los problemas y las desorientaciones. Es ahora cuando hay que fijar los puntos para hacer las cosas bien. Y seguimos creyendo que quien hace las cosas bien únicamente es Dios. Que deje de ser una teoría eso de dar lugar a Dios, y luego establecer todos los métodos humanos, tan complicados que no dejan lugar al Espíritu Santo, que cuando tiene que obrar tiene que destruir

siempre las estructuras mal edificadas de los hombres. Es hora de hacer las cosas decentemente y en orden (1a. Cor. 14:40); en el orden y la decencia de Dios, no bajo patrones religiosos o humanísticos. Y para eso es la búsqueda del Señor en primer lugar, como hemos dicho al principio de lo que ya estamos concluyendo.

Una búsqueda sincera del Señor para darle toda la gloria. Un sentirse padre espiritual de aquellos a los que se predica el Evangelio, amándolos como Jesús.

Una plena identificación con la Iglesia.

Unos métodos que variarán según las circunstancias y la idiosincrasia de la gente, y se supeditarán siempre, sin excepción, al Espíritu Santo, no quitándole nunca su lugar, pero eso en forma efectiva, no teórica.

Un comienzo dirigido a aquellos que se han ido, para que vuelvan a **“congregarse para darle gloria”**.

Una continuación sin pausa y con prisa, para juntar en uno a todos los elegidos de Dios en su reino.

Y un amén en los labios constante, para hacer, con alegría, siempre la voluntad soberana del Señor.